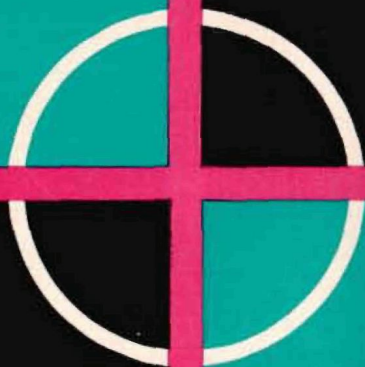


**Para  
que  
el mundo  
crea**



**Hans  
Küng**

**HERDER**

HANS KÜNG

PARA QUE  
EL MUNDO CREA

*Cartas a un joven*

BARCELONA  
EDITORIAL HERDER

1965

Versión castellana por ALEJANDRO ROS de HANS KÜNG, *Damit die Welt glaube*,  
Verlag J. Pfeiffer, Munich 1964

NIHIL OBSTAT: El censor, ANTONIO BRIVA, pbro.

† GREGORIO, Arzobispo de Barcelona

IMPRÍMASE: Barcelona, 27 de julio de 1964

Por mandato de Su Excia. Rvdma.

ALEJANDRO PECH, pbro., Canciller Secretario

NO RUEGO SÓLO POR ÉSTOS, SINO POR CUANTOS  
CREERÁN EN MÍ POR SU PALABRA, PARA QUE TODOS  
SEAN UNO, COMO TÚ, PADRE, ESTÁS EN MÍ Y YO  
EN TI, PARA QUE TAMBIÉN ELLOS SEAN UNO EN NOS-  
OTROS Y

PARA QUE EL MUNDO CREA

*Jn 17, 20-21*

© Verlag J. Pfeiffer, München, 1962

© Editorial Herder S. A., Barcelona (España) 1965

N.º RGTR.: 27-65

Es PROPIEDAD      DEPÓSITO LEGAL: B. 2745-1965      PRINTED IN SPAIN

---

GRAFESA, Torres Amat, 9 - Barcelona

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A manera de prólogo . . . . .	9
Carta primera	
<i>¿Hablas con protestantes?</i> . . . . .	11
Carta segunda	
<i>¿Debe el católico defenderlo todo?</i> . . . . .	23
Carta tercera	
<i>¿Basta con criticar?</i> . . . . .	33
Carta cuarta	
<i>¿Fue siempre así?</i> . . . . .	43
Carta quinta	
<i>Nuestro culto</i> . . . . .	55
Carta sexta	
<i>Los cristianos, ¿separados para siempre?</i> . . . . .	67
Carta séptima	
<i>¿No hay salvación fuera de la Iglesia?</i> . . . . .	81
Carta octava	
<i>¿Qué decir de los paganos?</i> . . . . .	93
Carta novena	
<i>¿Eres supersticioso?</i> . . . . .	111
Carta décima	
<i>¿Tienes dudas sobre la fe?</i> . . . . .	123

## A MANERA DE PRÓLOGO

Quizá se les haga raro a algunos ver que te escribo con tanta frecuencia. Al fin y al cabo — dirán — un profesor de universidad tiene cosas más serias en que ocuparse: clases, seminarios, investigaciones. Pues bien, todo esto lo he hecho con gusto y con cariño. Y hasta he escrito un grueso volumen, con notas y todo. Pero ese rudo manjar teológico no es apropiado para tu paladar. En cambio, este libro es para ti. Estas cartas — cartas privadas — no han sido escritas para teólogos, sino para ti; en la ciencia teológica, que precisamente en la doctrina sobre la Iglesia se enfrenta con numerosos problemas no resueltos y sumamente difíciles, habría que hurgar más hondo y avanzar más. Aquí no es el caso de desarrollar y resolver dichos problemas; lo que importa es dar respuestas sencillas y llanas a tus preguntas. Estas cartas las he escrito expresamente para ti, porque conozco tus preocupaciones. Sé que tienes tus dificultades, aunque nadie te lo

note ni a ti mismo te guste hablar de la fe. Precisamente por eso me has escrito. Además, te lo digo francamente y completamente entre nosotros: estas cartas que me pedías no me han dado el menor fastidio. Te las he escrito muy a gusto, de todo corazón, algunas veces hasta muy entrada la noche. Es que sabía cómo estabas aguardando mi respuesta. Por eso no las he diferido más de lo necesario. Ahora mismo es ya más de media noche; a veces no es cosa tan fácil ser profesor... Así que, por ahora, quédate con Dios. Y ¿cuándo volveré a leerte?

Tubinga, mayo de 1962

CARTA PRIMERA:

*¿Hablas con protestantes?*

Me alegro de que te hayas fijado en esto. En realidad es un problema, y por cierto nada fácil. Comprendo muy bien que te preocupes y no sepas a punto fijo cómo debes comportarte. Está bien que tú e Yvonne os hayáis decidido a hablar de vuestra religión. Al principio lo habíais tomado como la cosa más natural: tú, católico, e Yvonne, protestante, ¿verdad? ¿Qué se le iba a hacer? Al fin y al cabo sus padres y sus abuelos también lo son, como los tuyos son católicos. Sin embargo, los dos tenéis razón: la cosa no es tan normal que digamos. No. Al contrario: es completamente anormal. Porque no ignoras que Cristo no fundó dos Iglesias, sino una sola; y en vísperas de su pasión oró para que nosotros, los que creemos en Él, seamos uno. Tan uno — añadió incluso — como el Padre y Él son uno.

Es realmente triste — y vosotros mismos habéis notado algo de esto en vuestro diálogo — que la cristiandad esté dividida en tantos grupos.

Tienes mucha razón: Yvonne y tú os entendéis en todas las cosas a las mil maravillas, podéis hablar de todo, adaptaros en todo. Pero hay una cosa en que no coincidís, y es precisamente ésta: cuando queréis presentaros ante Dios, no podéis hacerlo juntos, tenéis que separaros: tú te irás a la iglesia católica, Yvonne a la protestante. Allí reza cada uno sus oraciones especiales, cada uno canta sus cánticos especiales, cada uno celebra su culto especial. Están muy cerca vuestras iglesias, cada uno oís las campanas de la otra y, sin embargo, os parece que estáis tan distantes en la fe. Y con todo — tienes mucha razón — precisamente aquí sería tan importante la unidad; sobre una película o sobre un libro podéis tener diferente parecer, pero en la fe habría que tener una misma convicción.

¿No es necesario — me preguntas — lograr la unión lo antes posible? Sí, así es en realidad. Pero al mismo tiempo comprenderás que las altas montañas que se han elevado entre católicos y protestantes no se pueden suprimir de la noche a la mañana. Una división tan profunda de las Iglesias, que dura ya más de cuatrocientos años, no se puede dar por terminada de un día para otro. Esto requiere una enorme dosis de buena voluntad, de esfuerzo, de reflexión, de estudio, de

consultas, y por encima de todo, de oración; tú también puedes colaborar, ello depende también de ti. Si hemos de volver a reunirnos católicos y protestantes no lo lograremos por nuestras propias fuerzas, sino que hemos de recibirlo como presente de Dios. En este sentido está bien lo que me dices, que desde aquella conversación rezas tú también de otra manera por Yvonne. Pero no menos importante es — y seguramente lo harás — que también tú reces para que se acabe con esta lamentable y pernicioso división de las Iglesias, que reces por la unidad de todos los cristianos. Ciertamente que nadie logrará de la noche a la mañana la unidad de los cristianos, la reunión de católicos y protestantes (como también de los cristianos ortodoxos en Oriente, de los anglicanos en Inglaterra y América, etc.); pero se puede preparar esta unión, se pueden dar grandes y valientes pasos en este sentido. La Iglesia católica quiere ir en cabeza y hacer todo lo que esté en su mano para que se logre la reunión de los cristianos. La empresa es grande y nada fácil.

Me preguntas también cómo debes conducirte en tales conversaciones con Yvonne. Comprendo que con frecuencia no sepas cómo responder. Preguntas si hay reglas para esto. Propiamente no. Hay que ver cada vez lo que más conviene al

caso. En efecto, en cada caso depende de con quién se habla y de qué. Sin embargo, puedo darte algunos consejos que me parecen importantes. No para decirte lo que has de responder en concreto, sino para indicarte la actitud, la postura fundamental que has de adoptar en tales conversaciones. Comencemos, pues:

*Ante todo no olvides que también los protestantes son cristianos.* Tú mismo has notado que Yvonne cree en el mismo Dios y Padre que creó los cielos y la tierra. También Yvonne cree como tú en el mismo Jesucristo, Hijo del Padre y nuestro Señor, que, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, resucitó al tercer día de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra de Dios Padre hasta que retorne para juzgar a los vivos y a los muertos. Y también Yvonne cree como tú en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica (=universal), la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna. Y además de todo esto, ¿sabes?, cree también Yvonne como tú todo lo que está escrito en la Sagrada Escritura, pues hasta te ha dicho que en su fami-

lia se lee a menudo la Escritura, cosa que desgraciadamente apenas si hacéis vosotros. Y esto que es de especial importancia: también Yvonne está bautizada como tú en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Hacia el final de tu carta me preguntas si su bautismo fue un verdadero bautismo. Claro que sí, el bautismo de Yvonne fue auténtico y válido, ni más ni menos que el tuyo, de modo que ni siquiera habría que volverla a bautizar en caso que hubiera de hacerse católica; cosa que no quiere, según me escribes. Ves que en cierto modo se puede atribuir a una casualidad el que tú seas católico e Yvonne protestante, ya que ambos habéis recibido el mismo bautismo cristiano. Si hubieras tú nacido y crecido en otra familia, como Yvonne, con toda probabilidad serías protestante, y viceversa. Y como Yvonne no puede remediar el haber nacido y sido educada como protestante no se la puede inculpar de ello. Claro que no es lo mismo vivir en una Iglesia o en otra, y de esto volveré a hablarte más claramente en seguida. Pero no menos cierto es esto otro: también Yvonne puede estar en gracia de Dios y puede alcanzar la vida eterna si vive conforme a su conciencia y a los mandamientos de Dios. ¿Verdad que esto es ya para ti una respuesta consoladora? Si vais por caminos



separados, os une la finalidad eterna. Y además, aun por lo que se refiere al camino en este mundo, es verdad que lo que une a católicos y protestantes, lo que tienen de común como cristianos, es infinitamente más que lo que los separa, aunque esto sea desgraciadamente muy tangible.

Ahora viene lo segundo: *Piensa que no sólo los protestantes, sino también nosotros, los católicos, somos responsables de la división religiosa.* Naturalmente, tú y yo, que vivimos ahora, no podemos hacer que desaparezca esta división, pues al fin y al cabo no la hemos causado nosotros. Es cosa que hemos heredado; es una carga y responsabilidad familiar que ahora más que nunca nos oprime. Una responsabilidad con que cargaron hace cuatrocientos años nuestros padres (y los de Yvonne). Entonces se quería corregir a la Iglesia, se la quería reformar; todas las buenas gentes en la Iglesia lo querían; era un quehacer sumamente difícil. Pero no podemos justificar el que entonces, hace cuatrocientos años, los protestantes, para lograr esta reforma se separaran de los sucesores de los apóstoles, y en particular del sucesor de Pedro y abandonaran nuestra Iglesia. Ni tampoco podemos justificarlo hoy día. Pero

los católicos seríamos muy fariseos si sólo viéramos las faltas de los otros. El verdadero cristiano comienza por buscarlas en sí mismo, no sea que, viendo la paja en el ojo del prójimo, dejase de ver la viga en el suyo propio. No fue por capricho que los protestantes se separaron de nosotros. Seguramente habrás oído en la escuela, en clase de religión o de historia, que hace cuatrocientos años había en nuestra Iglesia muchas cosas que no estaban en regla y que parecían no poderse volver a arreglar: en el papa, en los obispos, en los sacerdotes y en el pueblo católico. Como se daba por desesperada la mejora, por eso se separaron de nosotros los protestantes. Si entonces hubiera sido mejor la situación de nuestra Iglesia, no se habrían separado los protestantes. ¿Ves ahora qué desacertado sería que nosotros, los católicos, estuviéramos orgullosos creyendo que somos los únicos que tenemos razón, y que en todo tenemos razón? Debemos, más bien, llevar adelante con gran humildad el diálogo con los protestantes. Yvonne notará si eres soberbio o humilde cuando hables con ella sobre la fe.

De aquí se sigue lo tercero: *Piensa que también nosotros, los católicos, tenemos algo que reparar.* Los protestantes pueden formular respecto a nos-

otros deseos muy concretos, y deseos en gran parte justificados. Los tenían ya entonces, hace cuatrocientos años; algunos deseos de éstos los hemos satisfecho en lo sucesivo, no pocas cosas han mejorado en nuestra Iglesia. Pero no hemos hecho todo lo que los protestantes aguardan de nosotros y que en realidad deberíamos hacer mejor si de veras queremos vivir conforme al Evangelio. Todavía queda mucho por hacer. Tú mismo podrías preguntarle alguna vez a Yvonne qué le gustaría ver cambiado entre nosotros.

Y así te doy mi último consejo: *Procura conocer mejor la fe de los protestantes y tu propia fe católica.* No siempre nos entendemos en seguida en cuestiones de fe. Las cosas no se explican siempre tan fácilmente. Pero pregunta sencillamente y trata de comprender. Es posible que recibas más de una iluminación, de la que tú mismo puedas sacar provecho. Ciertamente que en muchas cuestiones notarás que no estás suficientemente preparado para dar una respuesta, o por lo menos una respuesta apropiada. Además te harás cargo a tiempo de que no se puede crecer en el cuerpo y en el alma sin crecer a la vez en la fe. Con los meros andadores del catecismo no podrás ir muy lejos. Por eso conviene que te esfuerces lo mejor

que puedas por conocer mejor tu fe y profundizarla: mediante la oración y la lectura de la Sagrada Escritura, mediante buenos libros, mediante conversaciones con el padre y en vuestro grupo. De esta manera podrás también procurar alguna lucecita a Yvonne. Y así notaréis en muchas cosas con sorpresa cuán cerca estáis uno de otro en la fe.

Si alguna vez vuelves a pasar por aquí, podremos esclarecer mejor algunas cosas de palabra. No dejes de saludar a Yvonne. Y para ti mis mejores deseos.

*Oremos pidiendo el Espíritu Santo para los cristianos católicos y no católicos:*

*Que no se rijan por opiniones doctrinales, sino por el Evangelio de Cristo.*

*Que no quieran triunfar en las discusiones.*

*Que se les revele la verdad en el amor.*

*Que no perpetúen los contrastes, sino que procuren más bien disiparlos.*

*Que lo que más los preocupe y les llegue al corazón sea, no las diferencias, sino la unión.*

CARTA SEGUNDA:

*¿Debe el católico defenderlo todo?*

¿De modo que te han atacado? Dices que no fue con malicia, pero sí con violencia. No te atacaban a ti, sino a tu Iglesia, a nuestra Iglesia: la doctrina de nuestra Iglesia, el dogma de la ascensión de María a los cielos, el dogma de la inmaculada Concepción, la infalibilidad pontificia...; la práctica de nuestra Iglesia, la superstición, el ansia de milagros, la manía de apariciones de muchos fieles, la devoción a la Virgen que deja en segundo lugar a Cristo, la política del Vaticano, las persecuciones de protestantes en algunas naciones, el fasto inoportuno del papa y de los obispos, en su manera de presentarse, en los títulos y en la indumentaria, lo ininteligible del culto celebrado en latín, el índice de libros prohibidos...

Comprendo que fuera demasiado de una vez y que te quedaras aplanado después del diálogo que habías procurado entablar. Más de una vez te viste acorralado sin saber apenas qué responder. Pudiste emprender contraataques, que a me-

nudo eran todavía tu mejor defensa. Pero al fin y al cabo una defensa que no te dejaba satisfecho. En realidad deja descontento el ver que por una puerta se lanza uno al ataque y a la vez deja abierta y sin defensa la otra puerta. ¿Qué hay que hacer?, me preguntas.

Hiciste bien en defender a la Iglesia. Es natural que un católico tenga valor para hacer profesión de su fe, de su fe en Cristo y por consiguiente en su Iglesia. Sin duda pudiste hacer comprender muchas cosas y disipar más de un equívoco. Te sentías feliz de poder decir algo más de lo que habías aprendido en la doctrina. En aquel momento te aprovechaste de todo lo que en tu grupo habías oído decir sobre la Iglesia, de todo lo que habías leído en libros y en revistas, de todo lo que habías sacado de las conversaciones con vuestro capellán. Pero sentías también tus flacos. Y lo que todavía te inquietaba más: sentías dudas. Y dudas muy serias. Dudabas de si se podía responder a todo, o si no había que reconocer, quieras que no, más de una cosa de las que se oyen decir contra la Iglesia.

A eso vamos: ¿Tiene realmente un católico que *defenderlo todo*? La Iglesia no espera de ti que llames blanco lo que es negro. No espera que pintes su situación de color de rosa. No espera

de ti mentiras, descripciones halagüeñas o subterfugios. Sólo espera de ti la verdad, nada más ni nada menos. Nuestra Iglesia se hace muy bien cargo de que es una Iglesia de hombres. El papa es un hombre, los obispos son hombres, los párrocos y los coadjutores son hombres, todos los fieles, tú y yo, somos hombres. Y donde hay hombres no falta lo humano, lo excesivamente humano, hay fatiga y desfallecimiento, hay mediocridades y cosas torcidas, hay deformaciones, empobrecimientos, anquilosamientos y cerrazones, hay decisiones erradas y malformaciones. No en vano la misma infalibilidad del papa se limita a los poquísimos y muy especiales casos en que el papa, como supremo maestro y pastor de la Iglesia, hace una declaración de fe definitiva y obligatoria para toda la Iglesia; desde la definición de la infalibilidad en el concilio Vaticano I hace casi cien años, sólo se ha dado una vez este caso en la proclamación del dogma de la asunción de María al cielo, el año 1950. Por tanto, según la doctrina general de la Iglesia, en todas las demás declaraciones y acciones el papa mismo puede — aunque, claro está, no debe necesariamente — errar. Y lo que es posible en el papa, lo es naturalmente mucho más en los otros grados menos elevados de la jerarquía eclesiástica, en el obis-

po, en el párroco y en los sacerdotes auxiliares. Por consiguiente, el católico podrá en ocasiones tratar de explicar los errores y desaciertos humanos — a veces incluso demasiado humanos — que a lo largo de los siglos tuvieron lugar dentro de una Iglesia formada de hombres; pero no tiene por qué tratar de defenderlo todo. Que en otro tiempo se prohibiera en Roma al célebre Galileo, y con él a todos los católicos, como contraria a la Biblia, la opinión de que la tierra gira alrededor del sol, fue una decisión errada y, por cierto, de graves consecuencias para la posición de la Iglesia frente a la ciencia moderna. El que la traducción del Misal en lenguas vernáculas (o sea el misal de los fieles) estuviera hasta 1897 en el índice de libros prohibidos, no se considerará hoy como un hecho muy recomendable. Y cierto lujo y variedad de vestiduras y de títulos en nuestra Iglesia no parecerá hoy día oportuno y en consonancia con la sencillez de Cristo y de sus apóstoles, etc. Todo esto es con frecuencia una tara para la Iglesia frente a los hombres que viven fuera de ella, todo esto la acredita muy poco ante ellos en más de un aspecto. Todo esto no es un recurso, sino más bien un impedimento «para que el mundo crea...» Ni siquiera el católico fiel tiene por qué defender estas y otras muchas cosas, ni

debe pronunciarse contra la verdad. Todo esto forma parte de lo humano, y de lo excesivamente humano en nuestra Iglesia. Ciertamente que la Iglesia no es de este mundo, pero al fin y al cabo está en este mundo visible y humano, y este mundo visible y humano está en la Iglesia.

Pero hay todavía más: En nuestra Iglesia no ha habido sólo errores y desaciertos que no cabe imputar a nadie personalmente; hay también responsabilidades, hay pecados en nuestra Iglesia. Nuestra Iglesia no es sólo una Iglesia de hombres, sino también una Iglesia de pecadores. Ninguno de nosotros debe excluirse del dicho del apóstol Santiago (3, 2): «Todos tropezamos a menudo.» O de lo que dice san Juan en su primera carta (1, 8): «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros.» No en vano rezamos el confiteor en todas las misas: «Yo pecador, me confieso a Dios todopoderoso... que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi grandísima culpa.» Todos rezan el «yo pecador»: el papa, los obispos, los párrocos y todos los sacerdotes, tú y yo, y todos los fieles. Así hay también pecados y vicios en la Iglesia, en sus miembros altos y bajos. Ha habido malos cristianos, ha habido malos sacerdotes, párrocos y obispos,

ha habido malos papas; y siempre volverá a haberlos. Por eso el católico no tiene necesidad de defender ni de justificar a los malos papas del siglo x y del renacimiento, ni tiene necesidad de defender ni de excusar el mal estado del clero y del pueblo católico en la época de la reforma. Todo esto forma parte del pecado en nuestra Iglesia. La Iglesia no es de este mundo, pero al fin y al cabo está precisamente en este mundo pecador, y este mundo pecador está en la Iglesia.

Ya ves cuál es la situación. No tienes necesidad de defenderlo todo. Y ni siquiera sería bueno para ti ni para la Iglesia querer defenderlo todo. En efecto, lo que importa según el Evangelio es «que el mundo crea...». Ahora bien, no se te creería a ti si, como testigo de la verdad de la Iglesia, hicieras del error verdad y del pecado virtud. ¿Qué sucede si defiendes lo que no se puede defender? Tu interlocutor incrédulo o que profesa otra fe se concentra entonces en lo tenebroso, en las sombras de nuestra Iglesia, que tú quieres negar o excusar. Intentará, y cada vez con más violencia, demostrarte que esto tenebroso, que estas sombras existen en nuestra Iglesia y que son grandes e impenetrables, y según los conocimientos que posea acumulará cada vez más materiales agravantes. En una palabra: no acabaréis nunca, y el

diálogo será infructuoso, para vosotros y para la Iglesia.

¿Qué sucede si reconoces lo que no se puede defender? Tu interlocutor se hará cargo poco a poco de que tú no niegas la existencia de lo tenebroso y de las sombras en nuestra Iglesia, y que esto, sin embargo, no hace vacilar tu fe en la Iglesia. Y luego, con algo de saber y de habilidad, quizá logres hacerle notar muy poco a poco que estas sombras no son lo único en nuestra Iglesia, y hasta ni siquiera son lo único y decisivo, precisamente porque lo decisivo no es nunca la sombra, sino aquello que proyecta la sombra. Y quizá logres, muy poco a poco, mostrarle que este lado oscuro no constituye precisamente la esencia de la Iglesia. Que esto tenebroso, este lado oscuro es más bien la tara humana, demasiado humana y pecadora de la Iglesia compuesta de hombres, y que en realidad la verdadera esencia de la Iglesia es precisamente la luz, esa luz que recibió de Dios en nuestro Señor Jesucristo y que está encargada de transmitir «para que el mundo crea...».

¿Entiendes lo que quiero decir? Trata de comenzar el diálogo de nuevo.

*Que la Iglesia sea hermosa, sin mancha ni arruga, es el fin último a que somos conducidos por la pasión de Cristo. Esto sólo se realizará en la patria eterna, no en el camino hacia ella, en el que si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañaríamos a nosotros mismos, como se dice en la primera carta de san Juan.*

Santo TOMÁS DE AQUINO

*Si la verdad es ocasión de escándalo, vale más dejar que se produzcan escándalos que dejar por ello la verdad.*

San GREGORIO MAGNO, papa



CARTA TERCERA:

*¿Basta con criticar?*

El gran teólogo protestante Karl Barth me decía hace tiempo: «Vosotros, los católicos, sois curiosos. Si alguno de vosotros se da alguna vez cuenta de que en vuestra Iglesia hay algo que no está en regla o que incluso está corrompido y hasta llega a reconocerlo, entonces... ¿qué hace entonces? Hace “de tripas corazón”, traga el bocado desagradable, lo digiere inmediatamente y luego dice: “Sin embargo, yo soy católico y seguiré siéndolo.” Y no se hace nada más.» ¿Qué dices tú a esto? Habrás oído decir cosas por el estilo: que la Iglesia católica es, en comparación con la protestante, la Iglesia no reformada, la Iglesia no renovada; que es la Iglesia en la que en el mejor de los casos (y ni siquiera siempre que hace falta) se hacen críticas, pero en el fondo es incorregible. La vieja Iglesia, en la que todo continúa como antes. Y que por eso no se puede creer en esta nuestra Iglesia católica. Que por eso no se puede creer que sea la Iglesia de Jesucristo. Que es

antigua, grande y poderosa, pero que en muchos sentidos ha olvidado el Evangelio del Señor, que se adapta al mundo en lugar de adaptarse una y otra vez al Evangelio. Me preguntas qué hay que decir de todo esto.

Pues bien, en presencia del mal en la Iglesia, ¿consiste el ser católico en «tragarse»? Ciertamente también consiste en esto. Todo cristiano debe «tragarse»: lo malo, lo imperfecto, lo insuficiente en su Iglesia debe una y otra vez sufrirlo, soportarlo, aceptarlo en silencio. También el cristiano no católico debe hacerlo, y por cierto no menos que el católico. Al fin y al cabo la Iglesia se compone de hombres. Y dondequiera que hay hombres se da lo humano y lo excesivamente humano, hay cosas molestas y odiosas, hay imperfecciones y malicia. Ni siquiera en la Iglesia se puede hacer de los hombres ángeles. No dejan de ser hombres, y así todo lo que tocan y realizan lleva la marca de imperfección, de fragilidad, de miseria de toda obra humana. Así que no queda más remedio que soportar una y otra vez no pocas cosas en las personas e instituciones de la Iglesia, como a fin de cuentas también los otros en la Iglesia tienen que soportarme a mí con toda mi miseria humana y tienen que «tragarse» no poco de lo mío.

Y sin embargo, como ya te escribí en mi última carta, podemos practicar la crítica. Y con frecuencia no sólo podemos, sino que hasta debemos practicar la crítica, en su debido lugar y a su debido tiempo. Pero ¿basta con criticar? Ésta es tu pregunta, y tú mismo insinúas ya la respuesta: criticar no es suficiente. En efecto, ¿qué hace uno cuando en su propia casa se descompone algo, cuando con el tiempo comienzan a aflojarse tornillos en las bisagras de puertas y ventanas, cuando se rompen cristales (interiores o exteriores), cuando se descascarillan las paredes? ¿Basta con observar el hecho y formular críticas más o menos acertadas? No, dirás tú, sino que hay que poner manos a la obra. Quizá haya que comenzar por quitar el polvo y suciedad, poner algunos clavos nuevos, habrá que reparar o reforzar algo, habrá que reparar algo o hacerlo nuevo. En una palabra: hay que renovar una y otra vez la casa, y tanto más cuanto más vieja sea.

¿Te haces cargo de lo que quiero decir? También la Iglesia, en cuya edificación trabajan hombres, debe constantemente renovarse y reformarse. Ciertamente que la Iglesia es propiedad de su constructor, propiedad del Señor de los señores, pero los hombres han trabajado, se les ha permitido trabajar en su construcción. Y lo han hecho a la buena de

Dios, como quien dice, al fin y al cabo como cosa de hombres. Pero es voluntad del Señor que los hombres se esfuercen continuamente, que sin cesar vuelvan a este trabajo y lo hagan todo conforme a su plan y beneplácito. Ésta no es una orden cruel, es una condescendencia que debe aceptarse con gozo. Porque Él es quien da la fuerza que no tenemos por nosotros mismos. Él nos otorga su Santo Espíritu. Constantemente imploramos el Espíritu, que es el que constantemente renueva la faz de la tierra. Pero nosotros, por dignación gratuita e inmerecida de Dios, podemos ser cooperadores de Dios, trabajando constante y renovadamente en la edificación de su Iglesia.

No es exacto que la Iglesia católica, contrariamente a la protestante, sea la no reformada, la Iglesia no renovada. Quizá has leído alguna vez, u oído leer, en la historia de la Iglesia cuán intensamente se ha trabajado con tesón — aunque desgraciadamente no siempre lo bastante, ni mucho menos — en la renovación de nuestra Iglesia, y esto ya mucho antes de la reforma. Ya en la antigua Iglesia se procedía así: constantemente se volvió a traducir la Sagrada Escritura de las lenguas originales a las lenguas vernáculas y se revisaron las traducciones ya admitidas. Constantemente se procuró adaptar a los nuevos pueblos

el anuncio de la Buena Nueva, la predicación y la ciencia teológica. Constantemente se ha ido modificando y renovando la liturgia de la misa. Así — para citar solamente un ejemplo — la misa originariamente se celebró en Roma en lengua griega, porque entonces los cristianos de Roma hablaban griego. Doscientos años más tarde prevalecía el latín en las comunidades de fieles romanos y en consecuencia se modificó la lengua de la misa entera introduciéndose el latín en lugar del griego. Así es también posible que pronto en Roma y en Italia se introduzca finalmente el italiano en lugar del latín, a fin de que las gentes, que allí no hablan ya latín, sino italiano, vuelvan a entender, como en los primeros mil años de cristianismo, lo que se lee, se reza y se canta en el altar, y, con su propia lengua, puedan participar en el culto.

Pero no sólo en la antigüedad, sino también en la edad media, se puso constantemente nuevo empeño en renovar la Iglesia, que se había hecho rica y mundana. Por ello se interesaron emperadores alemanes y más tarde también papas. Por la reforma de la Iglesia trabajaron sobre todo los grandes santos con sus órdenes: así por ejemplo en el siglo XII el hombre entonces más célebre de Occidente, san Bernardo de Claraval, con la orden cisterciense, y luego, en el siglo XIII, santo Domingo y

san Francisco de Asís, con los dominicos y franciscanos respectivamente.

Sin embargo, en la baja edad media fracasó la reforma de la Iglesia, no obstante los esfuerzos de muchos concilios. Entonces vino a ser muy grave, en muchos aspectos, la situación de la Iglesia católica. Esto dio lugar a la gran protesta de Lutero, que le llevó a rebelarse contra la Iglesia católica de entonces y a separarse de nuestra Iglesia. El objetivo de Lutero era de suyo bueno: quería que la Iglesia y su teología volvieran a regirse por el Evangelio de Cristo, que se reformara y se renovara. Sin embargo, en este asunto se mezclaban muchas cosas que no eran ya tan buenas, y no en último lugar la política. Así por causa de la reforma de la Iglesia se vino a la más infortunada división de la Iglesia que, como sabes, se ha perpetuado hasta nuestros días. La Iglesia católica de entonces no pudo aceptar la manera de reforma propuesta por Lutero, y esto por diferentes razones que sería largo explicarte ahora; en aquel período crítico abandonó Lutero diferentes cosas que, precisamente atendiendo a la Sagrada Escritura, no hubieran debido abandonarse.

Así repudió la Iglesia católica la reforma de Lutero, lo cual no quiere decir que abandonara toda reforma. Por el contrario, desfavorida y des-

pertada por el estallido de trueno de Lutero, desde hace cuatro siglos emprendió — a veces con cierta dificultad y lentitud y a pasos muy pequeños — una imponente reforma eclesiástica: en el papa de Roma, en los obispos, en los sacerdotes y en el pueblo cristiano; en la teología, en la liturgia, en el derecho canónico, en la piedad. La Iglesia de hoy, en comparación con la tan desolada Iglesia de los tiempos de la reforma, es una Iglesia renovada y reformada en muchos sentidos, de modo que ni siquiera es completamente cierto que Lutero hubiera roto todavía con la Iglesia de nuestros días. Pero también los protestantes han llevado a cabo en los últimos decenios una reforma de su Iglesia en diferentes puntos. Por el hecho de que católicos y protestantes mirando al mismo Evangelio, han reformado sus Iglesias, en los últimos decenios se ha producido un notable acercamiento entre ellos. Todos los hombres de buena voluntad se alegran de ello sinceramente. Sin embargo, la Iglesia católica está todavía en medio de este proceso de renovación. Todavía queda muchísimo por hacer: en la renovación de la liturgia, de la lectura de la Sagrada Escritura, de la piedad, de la teología, de la cura de almas, de las misiones: con miras a la unión de los cristianos separados.

Como ves, no basta con «tragar» ni tampoco con criticar. Debe añadirse a esto la acción, para que el mundo crea. Suprimir lo que nuestro Señor no quiere que haya en nuestra Iglesia. Hacer lo que nuestro Señor reclama de nuestra Iglesia. Los quehaceres no faltan. ¿Quieres tú también hacer algo? Piensa cómo puedes hacerlo.

#### CREDO ECCLESIAM SANCTAM

*La reforma católica, considerada como renovación, se halla entre dos extremos: entre revolución y restauración.*

*La reforma católica no es revolución: no pretende ser una inversión violenta (tanto de los valores como de la dirección), no mira a lo nuevo en forma doctrinaria, fanática, sin piedad.*

*La reforma católica, aun con comprensión para lo nuevo mejor, tiene en cuenta la evolución histórica y así no es innovación, sino renovación.*

*La reforma católica no es restauración: no pretende conservar perezosamente un sistema antiguo, sino avanzar animosa hacia una verdad cada vez más patente. No quiere sólo restablecer antiguas formas, sino descubrir las nuevas, apropiadas a los tiempos. No quiere sólo urgir nuevamente la observancia rigurosa de leyes y reglas, de cánones y artículos, reavivar un sistema disciplinario ya anticuado, sino que quiere renovar interiormente instituciones y constituciones.*

*La reforma católica, con todo su sentido de la tradición antigua, atiende a la nueva configuración creadora necesaria en la actualidad. Consiguientemente no es mero restablecimiento, sino renovación.*

*La reforma católica, considerada como renovación, no es ni mera reforma interna de los corazones, ni mera reforma externa de las situaciones inconvenientes, sino reforma positiva, creadora, de la situación.*

CARTA CUARTA:

*¿Fue siempre así?*

Lo que te escribí en la carta anterior — sólo de paso — acerca de la lengua en que se celebra la misa, te llamó la atención: realmente, ¿no fue siempre así, como hoy? No, realmente no fue siempre así. Ciertamente que a través de los siglos la misa fue siempre la misa sustancial: la misa celebración de acción de gracias, el mismo banquete de acción de gracias, en el que se conmemoran las grandes obras que Dios hizo por nosotros en su Hijo Jesucristo. Sabes muy bien que cuando tiene lugar algo verdaderamente grande, tienen interés los hombres en que no quede olvidado. Y para que no quede olvidado ponen una placa conmemorativa («Aquí, en esta casa, vivió y actuó el célebre...»), o una lápida conmemorativa («Aquí tuvo lugar, en el año...») y a veces hasta erigen un monumento conmemorativo («Para recuerdo de la batalla...»). Antiguamente hasta se construían capillas o iglesias conmemorativas, o votivas, como también suele decirse.

Pero todo esto es prácticamente un mero recuerdo en piedra, un signo conmemorativo sin vida. Pero hay también signos conmemorativos vivos, o sea celebraciones conmemorativas. En algunos pueblos se hace esto en forma muy impresionante. Con la celebración se asocia una representación conmemorativa, como, por ejemplo, la de *Guillermo Tell*, en la que se representa lo que se cuenta que en otro tiempo hizo Guillermo Tell por su pueblo. Lo que sucedió entonces, hace muchos siglos, viene a ser ahora realidad nuevamente viva ante los ojos de los espectadores y de los que participan en la celebración. Para todos vuelve a ser nuevamente real que el héroe se sacrificó entonces por el pueblo entero. Semejante celebración conmemorativa vuelve a hacer así perfectamente presente lo que tuvo lugar hace muchos siglos.

Seguramente te has dado ya cuenta de lo que quiero decir: la santa misa es una de estas celebraciones conmemorativas: una celebración conmemorativa de todo lo que nuestro Señor hizo por nosotros. «Haced esto en memoria mía»: tal es la orden del Señor. En efecto, esta nuestra celebración conmemorativa no la hemos inventado precisamente nosotros. No: en ello no hacemos sino ejecutar sencillamente la última voluntad de nues-

tro Señor. Por eso, hacia la mitad de la misa, inmediatamente después de las palabras de Jesús: «Haced esto en memoria mía», oramos: «Por eso, oh Señor, acordándonos nosotros de la bienaventurada pasión del mismo Jesucristo, Señor nuestro, de su resurrección de entre los muertos, como también de su gloriosa ascensión al cielo, ofrecemos a vuestra divina Majestad, de los dones que nos habéis dado, una víctima pura...» Así lo que entonces sucedió vuelve a ser real para nosotros: no ya representado en el escenario, sino real y verdaderamente en nuestra vida.

Sin duda alguna comprendes ahora que la misa es una celebración conmemorativa. Aquí no se hace sencillamente algo nuevo. Aquí se celebra algo que de hecho tuvo lugar, aunque hace muchos centenares de años, en un lugar y en un tiempo determinados. Conmemoramos un hecho histórico real, que también hoy día tiene vigor para nosotros y no pierde nunca su valor, como lo pierde, por ejemplo, un viejo billete de banco. Por eso también se lee siempre en la misa la Sagrada Escritura, para que nosotros nos acordemos de las grandes obras salvíficas de Dios en la antigua y en la nueva alianza, para que especialmente nos acordemos de la gran batalla de liberación que Cristo libró por toda la humanidad con el fin de

liberarnos del pecado, como también del dolor y de la muerte.

Cuando hoy día se hace una celebración conmemorativa de un hombre que en otro tiempo se sacrificó por su pueblo en una hora trágica y triste, esta conmemoración no es, sin embargo, una conmemoración de duelo. Precisamente el haberse sacrificado aquel hombre redundó en bien y prosperidad del pueblo. Y así es también claro para nosotros que la celebración conmemorativa del hecho de haberse sacrificado el Hijo de Dios por la humanidad entera no es una conmemoración de duelo. Podemos regocijarnos y estar agradecidos por todo lo que Él hizo por nosotros. Porque con su muerte no se acabó todo. Por el contrario, todo comenzó con su muerte. Porque después de su muerte resucitó. Y por haber resucitado Él, también resucitaremos nosotros, y así tampoco con nuestra muerte se acabará todo. De esto debemos acordarnos constantemente, tú y yo, en todo lo que en esta tierra, día tras día nos oprime y nos atormenta, de esto podemos hacer constantemente memoria con regocijo, por esto debemos estar constantemente agradecidos.

Ahora comprendes por qué la celebración conmemorativa de la misa es al mismo tiempo una celebración de acción de gracias. Pensar y agra-

decir son en el fondo una misma cosa. Cuando pensamos muy atentamente en algo grande y magnífico que ha tenido lugar para nosotros y acerca de nosotros, entonces nuestro pensar se convierte espontáneamente en gratitud. Y luego queremos expresar y mostrar con palabras y acciones que nos regocijamos por todo lo que se ha llevado a cabo por nosotros. Ves así que la celebración conmemorativa de la misa es la gran celebración de acción de gracias de la Iglesia entera y de cada comunidad particular, en la que todos nosotros, no sólo recogidos en privado en nuestro interior, sino todos juntos expresamos nuestra gratitud por todo lo que nuestro Señor hizo por nosotros en su vida, muerte y resurrección. Por eso oramos y cantamos, por eso alabamos, damos gracias y sacrificamos, por eso, con recuerdo agradecido, comemos, bajo las especies de pan, el cuerpo del Señor, y bebemos, bajo las especies de vino, la sangre del Señor. Por eso la suprema oración eucarística comienza con el solemne llamamiento: «¡Arriba los corazones!... Demos gracias a Dios nuestro Señor.» Y por eso se continúa así: «Verdaderamente es cosa digna, justa, equitativa y saludable que en todo lugar y tiempo os demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Cristo nuestro Señor.» En este «por Cristo



nuestro Señor» se halla incluido todo lo que Cristo hizo por nosotros y por lo que damos gracias al Padre por Cristo.

Habrás notado que hoy, en lugar de la palabra «misa» (que en realidad es una palabra latina muy tardía y bastante difícil de comprender: *missa* = despedida) se usa con frecuencia esta otra expresión: «celebración de la eucaristía», cuyo último término es una palabra griega usada por los antiguos cristianos, que quiere decir «acción de gracias».

Y así puedo ahora ya contestar a tu pregunta: ¿Fue siempre así? Si bien la misa fue siempre la misma celebración y el mismo banquete conmemorativo y de acción de gracias, sin embargo, no siempre fue, ni mucho menos, como es hoy. En un principio era una celebración muy sencilla y llana sin tanto detalle como ahora. Fíjate un momento conmigo en espíritu en los primeros tiempos del cristianismo, por ejemplo, en el siglo II. Es el período de opresión y de persecución. Los cristianos son una minoría insignificante. Veamos una habitación en Roma, supongamos un comedor. Todavía poco antes se había celebrado la eucaristía — como Jesús mismo en el cenáculo — durante la comida, durante la cena. Pero ahora el comedor se ha convertido en sala de reunión.

Las mesas han desaparecido, excepto una, ante la cual se halla el que preside la asamblea: el obispo o el sacerdote, en el traje corriente de los romanos, con la mirada vuelta hacia el pueblo.

Se acaba de traer pan y vino corrientes. Y el obispo comienza la celebración de la misa. Pronuncia en griego, espontáneamente y sin fórmula especial, la oración de acción de gracias, la eucaristía. En esta oración de acción de gracias está inserto el relato de la institución en la última cena. Al final de esta oración de acción de gracias dicen todos los presentes: «Amén», y de pie reciben, en la mano, de los dones, que ya no son sencillamente pan y vino, sino el cuerpo y la sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino.

Tal es la misa, según la relación del mártir san Justino ya por los años de 150: una solemnidad sumamente sencilla, que consiste en una única «oración de acción de gracias» con la comunión de todos los circunstantes, y por eso se llama eucaristía. El formulario romano más antiguo de la misa que ha llegado hasta nosotros procede de san Hipólito Romano, del año 215. Te lo incluyo en una hoja aparte; así verás muy bien cómo se presentaba la antigua celebración de la misa. Y si te fijas verás qué elementos se contienen aún hoy en la oración de acción de gracias (prefacio y canon).

Con esta celebración y banquete de acción de gracias, en que se cifraba la misa entera de la antigua Iglesia, se asoció ya en fecha temprana un culto de la palabra o de lectura. Tal culto era también corriente en la sinagoga de los judíos. Antes del banquete se leían en público, en serie continua, textos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Con todo lo que te he escrito se te hará quizá más fácil comprender la misa actual, que te parece tan tremendamente complicada. En el fondo la misa de hoy tiene un esquema fundamental muy sencillo y fácilmente inteligible: se compone de la oración de acción de gracias (con el relato presencializante de la institución en la última cena) y de la comunión. Este esquema fundamental se ha conservado a través de los siglos, aunque desarrollado en diferentes formas y con frecuencia también ampliado. No se extiende sustancialmente más de lo que por la Escritura sabemos de la última cena de Cristo.

La cosa no era así al principio: La entera forma de la celebración de la misa era muy laxa y sólo eran fijos sus rasgos esenciales. Cada obispo o sacerdote configuraba a su manera la liturgia de su comunidad, a cuya tradición particular se adaptaba. La lengua era la lengua hablada entonces,

como ya te he escrito; la más antigua liturgia romana no se celebraba en latín, sino en griego, que era la lengua más difundida bajo el Imperio romano de entonces. Todo formaba una celebración sumamente familiar, en la que todos oraban y cantaban juntos. Y una cosa importante: los que asistían al banquete eucarístico, comulgaban también. Un banquete sin comer, una comunión antes de la misa o antes de que terminase la oración de acción de gracias (como era corriente entre nosotros todavía no hace mucho), hubiera parecido completamente absurdo a los primeros cristianos. Varias misas a la vez eran cosa inconcebible; si había varios sacerdotes presentes, celebraban todos juntos el único sacrificio.

Y basta por hoy. La carta ha salido más larga de lo que yo quería. Así tendrás con ella para algún tiempo. ¿No te parece?

Descripción por san Hipólito Romano del modo de celebrar la misa hacia el año 215 (el texto se usa todavía hoy día en la Iglesia de Abisinia):

*Inmediatamente después de la consagración del obispo, se le presentan las ofrendas; el obispo, juntamente con los sacerdotes presentes, extiende sobre ellas las manos y comienza: «El Señor sea con vosotros.» Se contesta: «Y con tu espíritu.» «¡Arriba los corazones!» «Los tenemos ya elevados hacia el Señor.» «Demos gracias al Señor.» «Es cosa digna y justa.»*

*Luego continúa el obispo: «Te damos gracias, oh Dios, por tu amado servidor Jesucristo, al que nos enviaste en los últimos tiempos como salvador, redentor y mensajero de su designio. Él es tu Palabra inseparable (de ti), por Él lo hiciste todo según tu beneplácito. Lo enviaste del cielo al seno de la Virgen, y en el seno se hizo carne y fue re-*

*velado como tu Hijo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. Cumpliendo tu voluntad y adquiriéndote un pueblo santo, extendió las manos en la pasión para redimir de los sufrimientos a los que creen en Él. Y cuando fue entregado a los sufrimientos voluntarios, a fin de desvirtuar la muerte, romper las cadenas del demonio, conculcar al infierno, iluminar a los justos y marcar un hito y notificar la resurrección, tomó el pan y dándote gracias dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que se rompe por vosotros. Igualmente el cáliz diciendo: Esto es mi sangre, que se vierte por vosotros. Cuando hicieris esto, hacedlo en memoria mía. Recordando, pues, su muerte y su resurrección, te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de aparecer ante ti y de servirte. Y rogamos que envíes tu Espíritu Santo sobre la oblación de la santa Iglesia. Reuniéndolos en unidad, a todos los santos que reciben otórgales la plenitud del Espíritu Santo para fortalecimiento de la fe en la verdad, a fin de que te alaben y ensalcen por tu servidor Jesucristo, por el que se da gloria a ti, Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo, en tu santa Iglesia, ahora y por toda la eternidad. Amén.»*

CARTA QUINTA:

### *Nuestro culto*

Admiro tu tenacidad. Si fuera a contestar a todas las preguntas de tu última carta, tendría que escribir todo un libro. Y eso que está tan cerca el fin del curso. Algo tenemos que dejar para nuestro próximo encuentro (¿cuando?). Por esta vez creo que lo mejor será abordar tus preguntas desde el principio. Te había escrito sobre la misa tal como se celebraba en una casa en el siglo II. Y ahora me preguntas: ¿Pues cómo resultó de la misa de entonces la misa de hoy? Voy a procurar, en cuanto me sea posible, describirte este proceso, simplificándolo algo, en unas pocas frases.

Había pasado ya el período de las persecuciones. El cristianismo dominaba el Imperio romano. Ahora ya no necesitamos dirigirnos a una casa particular si queremos asistir a la misa de entonces — digamos en el siglo V o VI. Iremos a una de aquellas magníficas iglesias romanas en forma de sala, a las que se llama basílicas. Vemos en el testero la mesa de madera, que antes se hallaba

en las casas. Y aquí celebra también el obispo o el sacerdote el mismo antiguo culto conmemorativo y de acción de gracias, la misma misa antigua. Aquí también está el sacerdote delante de la mesa con el rostro vuelto hacia el pueblo, con el traje romano corriente. Pero no pocas cosas han cambiado:

Todo se ha hecho más grande, más largo y más solemne. En la sencilla oración antigua de acción de gracias se han insertado súplicas, por los vivos, por los difuntos, por diferentes intenciones, por la Iglesia, etc.; con ello se han asociado los nombres de mártires que ahora — tras el período de persecución — son venerados cada vez más. Aparte la oración de acción de gracias se han introducido cantos de salmos sobre todo en tres ocasiones: un canto de salmos con una oración al principio mientras entra el clero en la basílica (cántico de entrada o introito), un segundo canto de salmos mientras los fieles hacen la oferta de pan y vino y de otros dones (cántico de la oferta u ofertorio), y el tercer canto de salmos durante la comunión de los fieles (cántico de la comunión: *communio*).

Además en esta época se adoptó toda una serie de ritos tomados del ceremonial romano (y sobre todo bizantino) de la corte, incluso algunos que habían descartado como paganos los primeros

cristianos: genuflexiones, inclinaciones, ósculos, y también objetos, como incienso, velas, algunos distintivos, como la estola, el anillo y otros. El canto artístico de cantores formados expresamente suplantó en gran parte el canto de la entera comunidad del pueblo. Desde el año 250, poco más o menos, no se celebró ya el culto en griego, sino en latín. El culto se adaptó a la mayoría de los fieles que en Roma hablaban latín y no griego.

Ahora comprenderás que muchas cosas que en la misa de hoy — como tú mismo escribes — te parecen extrañas e incomprensibles no proceden de Cristo o de los apóstoles, sino de la época que te he descrito. Tienes que tener comprensión para esto. Por lo menos ahora está procurando ya la Iglesia dar de nuevo mayor sencillez a las ceremonias, por ejemplo en la liturgia de semana santa.

Pero la historia siguió adelante. El centro de gravedad de la historia universal se desplazó hacia el Norte. Ya en los siglos VIII y IX, la hegemonía política había pasado al reino de los francos. Al mismo tiempo la forma del culto, que antes se había practicado en Roma y su contorno y también en la misión anglosajona, se trasplantó al reino de los francos. Esto tuvo consecuencias de gran importancia.

Hasta entonces no se habían celebrado misas

rezadas. Todas las oraciones, aun las palabras de la consagración, se pronunciaban en voz alta. Así lo habían hecho también Cristo y los apóstoles. Ahora se introducen numerosas oraciones en voz baja, particularmente al principio (oraciones al pie del altar), en el momento de la preparación de los dones y en la comunión. Ahora el sacerdote junto al altar debe rezar constantemente oraciones, incluso durante las acciones. Con el tiempo comienza el sacerdote a rezar en voz baja las antiguas oraciones, sin excluir la oración misma de acción de gracias (canon) con el relato de la institución. Esto se debió no en último término al hecho de que el pueblo no comprendía ya el latín. Así resulta secundario que las oraciones se recen en voz alta o en voz baja.

Desgraciadamente, la distancia entre el altar y el pueblo se va haciendo cada vez mayor. Antiguamente estaban los cristianos sencillamente alrededor de la mesa con sus dones y comprendían todas las palabras que se rezaban o se leían. Ahora se ha hecho incomprensible el lenguaje del culto divino. Cada vez se multiplican más las genuflexiones, los signos de la cruz y las incensaciones. El coro del clero acaba por separarse de la nave donde está el pueblo. La mesa del altar que al principio era bien visible y próxima a los fieles,

se convierte en «altar mayor» y, con el tiempo, llega a adosarse al fondo de la iglesia. Generalmente el sacerdote no celebra ya vuelto al pueblo, sino de cara a este altar, cuya superestructura cada vez más elevada se interpone entre él y los fieles. Como éstos no entienden ya las palabras de la misa, se explica ésta por lo que puede verse. La misa se contempla como espectáculo, como el drama de la vida de Jesús, sin pensar ya casi que su celebración conmemorativa significa además un banquete, en el que se come y se bebe. El pueblo no puede hacer ya mucho más que mirar. En este tiempo los ornamentos, que se han conservado de la época romana tardía, se llevan, para que sean vistos, de variados colores bien determinados. En el siglo XIII se comenzó también (aunque estaba prohibido) a elevar las especies sacramentales durante el relato de la institución, a mostrarlas al pueblo y a venerarlas mediante genuflexiones. Desgraciadamente la recepción de la comunión había venido a ser excepcional. Y así se quiere por lo menos ver el cuerpo y la sangre del Señor. Anteriormente había sido lo normal comulgar en la misa, ahora se ha convertido en gran excepción y en «devoción» especial. Antes se comía el pan de vida — como Jesús lo había querido —; transcurrida

la alta edad media se le contempla principalmente y se le adora (introducción de la custodia). Cada vez más se va introduciendo la costumbre de tomar, en lugar del pan corriente, una hostia sin levadura, blanquísima, poco parecida al pan. Y mientras en la antigua Iglesia todos los sacerdotes celebraban juntos una misma misa, ahora cada sacerdote celebra su propia misa. Por esta razón van multiplicándose en la iglesia los altares laterales en lugar del altar único. Así se celebran diferentes misas en diferentes altares al mismo tiempo.

En la baja edad media — no tenemos por qué ocultarlo — se habían introducido en la misa muchísimos abusos con excrecencias exorbitantes. Todo esto dio ocasión para que los reformadores se pronunciaran contra la misa. También en la Iglesia católica se comprendió que era de gran urgencia reformar la misa. El concilio de reforma de Trento suprimió muchos de estos abusos. Y para que en lo sucesivo no volvieran a producirse, se fijaron hasta los últimos detalles de la misa, cosa que no se conocía antes. Todo se reglamentó oficialmente, hasta las más pequeñas menudencias, hasta la posición de los dedos del sacerdote y hasta todas y cada una de las palabras. Pero con esto no se dejó al pueblo la menor posibili-

dad de tomar parte en la celebración. Constantemente fueron multiplicándose las devociones, que agradaban más al pueblo. En ellas ardían más velas que en la misa. El pueblo entendía lo que se rezaba y leía en estas prácticas devotas; en ellas se podía participar orando y cantando. Todo esto no era posible en la misa. Consiguientemente se consideraba con frecuencia la misa como una devoción de tantas (quizá todavía más importante), aunque la misa había sido instituida por Cristo mismo, y las devociones por los hombres.

En estas circunstancias no te extrañará que en Europa, en todas partes, fueran las gentes alejándose calladamente de la misa. En los más diversos países se comprobó con espanto que con frecuencia sólo un pequeño grupo de fieles asistía ya a la misa del domingo. Se comprende que esto fuera muy perjudicial para la vida religiosa del pueblo. Ciertamente que la forma de la misa, que había venido a ser extraña e incomprensible, no fue la única causa de que las gentes no frecuentaran ya en tan gran número el culto divino. Pero también es cierto que ésta fue una de las causas. Y así se comprende que la jerarquía de nuestra Iglesia adoptara medidas en contra. San Pío X comenzó en este sentido hacia el año 1900 exigiendo la participación activa del pueblo en el culto e in-

culcando la recepción de la comunión. Los demás papas han seguido el mismo camino, principalmente Pío XII y Juan XXIII. Se mitigaron notablemente las severas prescripciones del ayuno. Se introdujeron las misas vespertinas, se simplificaron las prescripciones relativas a la misa y se comenzó a usar la lengua vernácula, por lo menos en la administración de los sacramentos. Los oficios de pascua volvieron a celebrarse por la noche, cosa que había dejado de hacerse en los últimos siglos. Se renovó también todo el culto de semana santa.

Así hoy día se halla nuestra Iglesia en un proceso de renovación de la liturgia, de renovación del culto. Tú mismo lo habrás notado. Claro está que todavía queda mucho por hacer en este sentido. La renovación sigue su camino. Pero debemos alegrarnos de que se haya avanzado ya tanto. Aunque no entendamos todo lo que se reza y se lee en el altar, por lo menos en la misa dialogada podemos de nuevo orar y cantar como los antiguos cristianos, podemos participar en voz alta en la alabanza y en la acción de gracias y podemos recibir el cuerpo del Señor bajo las especies de pan. Seguramente tú también te alegrarás de hacerlo. Como ves, no se trata sencillamente de algo exterior. La actividad litúrgica no es todo. Se re-

quiere en todo la participación con el corazón. De lo que en realidad se trata es de cumplir mejor, más fielmente y con más sentido la voluntad de Cristo, que nos dijo: «Haced esto en memoria mía.»

Y ahora, que lo pases bien. Si quieres seguir ocupándote de estas cuestiones, te indico a continuación algo para que puedas leer.

N.B.: Mayor información hallarás en el libro de TH. SCHNITZLER, *Meditaciones sobre la misa*, Herder, Barcelona 1963.

Sobre la historia de la misa, L. EISENHOFER, *Compendio de liturgia católica*, Herder, Barcelona 1963, p. 167-219.

Si quieres leer libros muy voluminosos y sabios, puedes prestarte J. A. JUNGMANN, *El sacrificio de la misa* (título original: *Missarum sollemnia*), BAC, Madrid 1951, o también A. G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración (introducción a la liturgia)*, Biblioteca Herder, Barcelona 1964, p. 283-469.



*Hoy comienza a suavizarse la rigidez. Formas que parecían petrificadas vuelven a cobrar vida. La Iglesia siente que no necesita ya la protección de la rigidez. Como en el pontificado de Pío XI, con los tratados de Letrán, se despojó la Iglesia de la protección exterior que en los rudos tiempos de la edad media creía necesitar como protección secular, así en el pontificado de Pío XII se inició la desarticulación de la coraza protectora que hasta nuestros días había envuelto a las formas de la sagrada liturgia. Como en otros tiempos, comienzan a imponerse de nuevo los intereses de la cura de almas, los intereses del cuidado pastoral, del que habían surgido las formas de la liturgia en los primeros tiempos de la Iglesia.*

*Gran estupor ha invadido en nuestros días a los fieles en muchos lugares, al ver que en la semana santa y en la vigilia pascual podían por fin comprender la gran marcha del culto, al tener por primera vez esta sensación: éste es nuestro culto.*

*Comienzan a disiparse las nieblas. Un claro día despunta. La Iglesia se recoge para cobrar nuevas fuerzas. Animosa afronta los tiempos venideros como el pueblo de Dios que ora.*

JOSEF ANDREAS JUNGSMANN

en el Congreso litúrgico de Asís, 1956

CARTA SEXTA:

*Los cristianos, ¿separados para siempre?*

Me preguntas: ¿Ha de durar hasta el día del juicio esta terrible escisión de la cristiandad? ¿Hasta cuándo tendremos que ver todavía que amigo y amiga, colegas y compañeros de trabajo, y hasta padre y madre hayan de ir a diferentes Iglesias? ¿Hasta cuándo se dará el caso de que cada parroquia tenga necesidad de dos párrocos y de dos iglesias? ¿Hasta cuándo ha de durar la miseria de los matrimonios mixtos, de la escisión de las familias y de la cura de almas, del pueblo entero dividido en la fe?

Tienes razón de sentirte impaciente. Demasiado tiempo hemos sido pacientes, demasiado pacientes. Nos habíamos acostumbrado a la escisión de la Iglesia. Católicos y protestantes se habían atacado mutuamente. Ellos, hermanos en Cristo, se habían combatido con las armas, habían derramado infinita sangre y dolor sobre la humanidad, por la religión, como entonces se decía. Y cuando al fin estaban los hombres fatigados de empuñar

las armas, no se acabó la guerra, sino que se convirtió en guerra fría: se comenzó a combatir con la pluma y con la palabra, con periódicos y libros, con discursos violentos y acciones desabridas se combatía entre cristianos como contra los impíos. O, lo que casi era todavía peor, se habían enajenado tanto unos de otros, que prácticamente ni siquiera se miraban. Apenas si se conocían a lo más de vista, y en todo caso en el aspecto más desagradable. Recíprocos prejuicios, ignorancias, equívocos, recelos, sospechas y enajenamientos, superioridad e impenitencia por ambas partes envenenaban la atmósfera entre las confesiones cristianas.

Pero sabes también que más de una cosa ha cambiado estos últimos años. Las dos guerras mundiales han dejado sus huellas en las confesiones cristianas, como también las persecuciones sufridas en común bajo dictaduras rojas y no rojas. En refugios antiáereos, en sótanos, en cárceles y en campos de concentración era el contacto más fácil que en las universidades y centros de estudios: muchas cosas que antes parecían importantes perdían ahora su importancia. Se comenzó a reflexionar sobre la fe común. Se reflexionó sobre lo que tenían en común católicos y protestantes: el mismo Dios y Padre, el mismo Señor

Jesucristo, el mismo bautismo, la misma palabra de Dios en la Sagrada Escritura, el mismo padre nuestro...

Pero la unión de los cristianos separados está todavía lejos, muy lejos. ¿Lograremos verla nosotros? Y sin embargo precisamente hoy tendría importancia capital que volviéramos a reunirnos: *para que el mundo crea*. ¿Cómo ha de creernos el mundo a nosotros, cristianos, que queremos dar testimonio de Cristo en la Iglesia, si constantemente nos contradecemos? ¿Se cree a dos hermanos que afirman lo contrario? ¿Se cree a dos misioneros que quieren anunciar al mismo Cristo, pero predicando uno contra otro? ¿Se cree a dos pastores de almas que quieren ganar a los hombres para Cristo, pero trabajan uno contra otro? ¿Sabes cuánto ha aumentado la proporción de los católicos estos últimos ochenta años en la entera población del mundo? Casualmente hace poco que he visto una estadística. Y he quedado profundamente sobrecogido al ver cuán insignificante es el progreso que hemos hecho. Desde 1880 hasta 1958 la población católica del mundo sólo ha crecido el 0,14 %.

Para que el mundo crea que nuestro testimonio de Cristo es un testimonio verdadero y bueno, los cristianos debemos ser unos. Si no somos unos,

no creará el mundo. Cristo mismo, en vísperas de su muerte, oró en este sentido: «No ruego sólo por éstos, sino por cuantos creerán en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros y para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 20-21).

Ahora comprendes también por qué suspiramos por la unión de todos los cristianos: no precisamente porque tengamos miedo a los comunistas o al materialismo entre nosotros, en Occidente, sino porque nuestro Señor mismo lo quiso y oró por ello, por eso, para que el mundo crea. Sólo el 28 % de la humanidad son cristianos. Y de éstos sólo la mitad son católicos; la otra mitad son protestantes, ortodoxos o pertenecientes a diferentes confesiones y sectas. Pero ¿cómo han de volver a formar una gran unidad todas estas variadas confesiones cristianas? Para ello hay caminos buenos y malos.

Tú también conoces seguramente católicos que piensan que basta con que nosotros llamemos a nuestra Iglesia a los otros cristianos. Que basta con que les digamos: «Mirad, nosotros somos la Iglesia una, santa, católica y apostólica; en nosotros halláis todo lo que necesitáis; volved, pues, por fin a nosotros.» Esto dicen esos católicos.

Como si nosotros mismos no tuviéramos que hacer nada. Como si nosotros, orgullosos y obstinados como el hermano mayor en el Evangelio, pudiéramos quedarnos en casa, mientras que el Padre mismo sale al encuentro del hermano que se había marchado, para introducirlo en casa. No sirve de nada el que invitemos a los otros a regresar, si nosotros mismos no les salimos al encuentro. Hace novecientos años que estamos llamando a los ortodoxos, y cuatrocientos años a los protestantes. En vano. No debemos estarnos tranquilos, orgullosos y perezosos, como si nuestra misma Iglesia no tuviera responsabilidad, y por cierto grave, en la escisión de la Iglesia, como si nuestra misma Iglesia no tuviera la grave obligación de despejar los obstáculos y de preparar animosamente el camino.

Otros católicos opinan que la unión de todos los cristianos se ha de lograr mediante conversaciones particulares. Ciertamente que en una crisis personal de fe puede ser un remedio la conversión. Ciertamente que ha ganado mucho la Iglesia católica mediante convertidos que en nuestra Iglesia no ya no anatematizaban sino más su pasado, sino que lo hacían fructificar. Pero las conversiones particulares no han acarreado la vuelta de las confesiones cristianas separadas a la unidad como co-

munidades enteras. Cuatrocientos años de escisión de la Iglesia en el norte, y novecientos años en Oriente, han mostrado bien a las claras que la unión no se puede lograr con conversiones particulares. Con demasiada frecuencia hemos registrado en nuestras estadísticas católicas sólo a los que se habían convertido a nuestra fe. Con demasiada frecuencia hemos dejado de contar a los que habían abandonado la Iglesia católica. Y con demasiada frecuencia hemos olvidado de contar a los que habían roto todo vínculo con comunidades cristianas volviéndose completamente tibios e indiferentes. El año 1956, por ejemplo, se contaron 16 500 incorporaciones a la Iglesia católica y al mismo tiempo 6500 reincorporaciones de personas que habían sido ya antes católicas. Pero el mismo año se registraron 30 000 deserciones de la Iglesia católica. Sólo las conversiones particulares no producirán la unión de las confesiones cristianas separadas.

Tú mismo insinúas lo que aquí importa: importa que seamos nosotros mejores católicos. Como decía el papa Juan XXIII: «Esforzándonos por que se santifique y se consolide lo que más necesidad tiene de ello por parte de los católicos, como nos lo enseñó nuestro Señor.» Éste es el verdadero camino para la unión de las Iglesias. Ciertamente

un camino duro, una «tarea penosa», como decía el papa. No basta con que nos limitemos a observar mejor los diez mandamientos de la ley de Dios. Claro está que debemos procurarlo constantemente, cada vez con nuevo empeño. Pero aquí se trata de una tarea muy especial, una tarea que debe orientarse muy especialmente hacia los otros.

¿Cómo puede lograrse la unión de los cristianos? ¿Cómo puede lograrse que los otros no sigan separados de nosotros? Procurando acoger los deseos justificados, las preocupaciones justificadas de los otros. Los ortodoxos, los protestantes, los anglicanos, las Iglesias independientes no se separaron de nosotros sencillamente por mala voluntad, sino (entre las muchas causas que entraron en juego en la escisión de las Iglesias) porque creían que para ciertos intereses buenos no había en la Iglesia católica lugar, comprensión, libertad. Por ejemplo: los reformadores querían que volviera a haber un culto divino que fuera un verdadero y comprensible culto de acción de gracias por todo lo que Cristo hizo por nosotros; no una misa sólo celebrada por el sacerdote, en voz baja, en una lengua extraña y en la que (hasta la introducción del misal de los fieles hace unos decenios) apenas sabía el pueblo lo que se reza y lo que

se lee, sino una celebración eucarística (=celebración de acción de gracias) de todo el pueblo sacerdotal de Dios, en la que todos en voz alta y en forma inteligible participen dando gracias, orando, cantando, comiendo y bebiendo. Si comparas una misa rezada de antes, o una ininteligible misa solemne en latín, con la misa dialogada corriente hoy entre nosotros, verás cuánto de los justificados deseos de los protestantes se ha satisfecho ya entre nosotros. Es de esperar que pronto se lleven a cabo nuevos progresos en este sentido.

Como ves, debemos procurar por nuestra parte quitar todo motivo a la protesta — en cuanto es justificada — de los protestantes contra la Iglesia católica. Nos referimos también a otros buenos deseos de aquéllos: la incalculable importancia de la Sagrada Escritura para la Iglesia y para los fieles en particular, la posición de los seglares en la Iglesia como pueblo de Dios dotado de responsabilidad, la libertad en la Iglesia frente a todas las medidas injustificadas de coacción eclesiástica, la adaptación no sólo superficial, sino radical de la Iglesia a las diferentes naciones y la supresión del latinismo en las misiones y en la vieja Europa, etc.

Ahora comprenderás que no debemos renunciar a la esperanza de que vuelvan a reunirse los

cristianos. Si avanzamos animosamente por este camino del contacto, entonces con el tiempo tampoco los otros podrán menos de salirnos al encuentro: realizando también ellos animosamente nuestros deseos e intereses católicos justificados. Si católicos y protestantes miran juntamente al espejo del Evangelio, si unos y otros se adaptan cada vez más a las exigencias del Señor en el Evangelio, entonces podremos ir acercándonos lentamente unos a otros. Entonces no tendremos necesidad de diferir hasta el día del juicio la unión de los cristianos. También comprenderás ahora que lo que importa en todo esto no son sencillamente las negociaciones de los jefes de las Iglesias y las discusiones de los teólogos; lo que importa es que cada uno en particular, y tú también en tu puesto, contribuyamos por nuestra parte a la renovación de la Iglesia católica y a la preparación de la reunión de los cristianos separados.

P.S.: Acerca de tu pregunta sobre mi última carta:

Siento no poder satisfacer tu curiosidad. No sé qué aspecto tendrá la misa del futuro. Mira lo que he leído hace poco en la prensa:

«No es posible hacer predicciones concretas. Sin embargo, los que hasta ahora han trabajado las reformas romanas (sobre todo de la liturgia de la semana santa),

así como los deseos formulados en los congresos litúrgicos internacionales y las investigaciones de los teólogos señalan una dirección determinada. Lo decisivo será una tendencia a atenerse más estrictamente al modelo obligatorio de la última cena de Cristo y de la Iglesia apostólica, y consiguientemente a una mayor concentración en lo esencial y a una mayor inteligencia del rito. Esto significaría en concreto: 1) en cuanto al culto eucarístico: rezo en voz alta y en forma inteligible, de la oración eucarística con el relato de la institución (es decir, simplificación del canon actual con el prefacio, según el modelo de la oración eucarística de Hipólito, con exclusión del memento, etc.; en cambio, súplicas durante la preparación de los dones); 2) en cuanto al culto de la palabra: rezo y canto en común, con sentido, como también anuncio en voz alta y en forma inteligible con explicación (por lo menos breve) de los textos sagrados (atendiendo más a toda la Sagrada Escritura, haciendo, por ejemplo, que las perícopas dominicales se sigan en un ciclo de cuatro años, e introduciendo una lectura seguida, especialmente del Nuevo Testamento, en la misa de los días de la semana). Ambas cosas llevan consigo: uso de la lengua vernácula, celebración mirando al pueblo, participación más activa del pueblo, distinción entre la forma sencilla y más solemne de la misa, nuevas formas de la celebración festiva (en unión con el canto coral del pueblo con acompañamiento de instrumentos de viento y orquesta; renovación del canto festivo de los salmos), relegamiento a segundo término de lo secundario (fusionamiento de fiestas de santos, no duplicación de oraciones, disminución de inclinaciones, genuflexiones, óscu-

los, incensaciones, supresión del último evangelio: llevar adelante, en todo, las reformas ya introducidas en la semana santa y en la cuaresma). No se puede predecir cuándo se llevarán a cabo estas reformas. Los años pasados han demostrado que con frecuencia se ha ido más de prisa de lo que se había esperado.» Así se lee en «Vaterland», de Lucerna, 1-4-1961.

*Muchas Iglesias, en este sentido, quiere decir: muchos señores, muchos espíritus, muchos dioses. No cabe duda: en la misma medida en que la cristiandad existe en Iglesias realmente diferentes y contrapuestas, niega prácticamente lo que profesa teóricamente: la unidad y unicidad de Dios, de Jesucristo, del Espíritu Santo.*

*Todas las buenas razones del origen de tal escisión de la Iglesia y todos los graves obstáculos para eliminarla, todas las interpretaciones y mitigaciones que pueda encontrar no impiden que toda escisión de la Iglesia en cuanto tal sea un tenebroso enigma, un escándalo.*

*Y en vista de este escándalo la cristiandad entera debería estar de acuerdo por lo menos para pensar en ello con continuo arrepentimiento, arrepentimiento de todas partes, no tal que se espere de los otros, sino en el que — cueste lo que cueste — se esté dispuesto a preceder a los otros.*

*Quien esté dispuesto a conformarse con alguna*



*escisión de la Iglesia, quien pueda todavía hallarse, en cierto modo, a gusto con ella, quien pueda tranquilizarse en vista de las faltas y errores evidentes de los otros y por tanto de su culpa en la escisión, ése podrá ser un buen y fiel creyente en sentido de su denominación especial — un buen romano, reformado, ortodoxo o baptista —, pero no debería pensar, en modo alguno, que es buen cristiano.*

KARL BARTH

CARTA SÉPTIMA:

*¿No hay salvación fuera de la Iglesia?*

¿De veras no pudiste contestar al chiste de tu amigo protestante? De modo que dos protestantes fueron al cielo. Lo recorrieron por todas partes y todo era maravilloso. Pero un día llegaron a un alto muro. Anduvieron a lo largo de él mucho, mucho tiempo. Por fin volvieron al punto de partida desconcertados. Entonces se dirigieron a san Pedro y le preguntaron: «¿Qué hace ese muro largo y alto?» San Pedro les respondió: «Detrás están los católicos, que no deben ver que además de ellos hay también otros en el cielo.»

Tienes mucha razón: a tal chiste no se puede contestar sencillamente que no, que no es así. En realidad nosotros mismos decimos que nuestra Iglesia católica es la «única que salva» y que fuera de ella no hay salvación. Además es difícil negar que — por lo menos en ciertos países — hay todavía católicos que piensan que los de otras creencias (con más o menos excepciones) no van al cielo. Y fácilmente se citan palabras como éstas:

«El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.»

Pero ¿sabes tú que en la Sagrada Escritura se halla también lo contrario? No sólo: «El que no está conmigo está contra mí», sino también: «El que no está contra nosotros, está con nosotros.» ¿Es esto una contradicción? ¿No hay una decisión radical, el dilema: Por Cristo o contra Cristo, fe o incredulidad? Sí, ésta es la decisión radical de la vida del hombre: entre la fe y la incredulidad no hay término medio. Entre Cristo y el Anticristo no hay un terreno neutral, en el que sin lucha pudiera uno establecerse cómoda y tranquilamente. Aquí se aplican las palabras tajantes: «El que no está conmigo está contra mí.»

Así pues, ¿puede a la vez ser verdad lo contrario: «El que no está contra nosotros, está con nosotros»? Así me preguntarás seguramente. Pues bien, ¿qué haces tú cuando dos pasajes de la Escritura parecen contradecirse? Consultas la Escritura misma para ver cómo se ha de entender exactamente este o aquel texto, cuál es el contexto en que se halla inserto ese pasaje oscuro y cómo se debe, por tanto, entender. ¿Sabes tú en qué contexto se halla la frase «El que no está contra nosotros, está con nosotros»? Desgraciadamente es éste uno de los muchos pasajes que no se

leen y explican en las misas de los domingos.

En aquel tiempo dijo Juan a Jesús: «Maestro, hemos visto a uno que arrojaba demonios en tu nombre, pero que no nos sigue a nosotros. Y se lo hemos impedido porque no nos sigue.» Pero Jesús dijo: «No se lo impedáis. Porque el que hace algún milagro en mi nombre no hablará luego mal de mí. Porque el que no está contra nosotros, está con nosotros. En efecto, el que os diere a beber un vaso de agua porque sois de Cristo, en verdad os digo, eso no quedará sin recompensa.»

¿Te has hecho cargo de lo que sucedió aquí? Se trata de uno que no está de parte del maligno, que no está contra Cristo. Pero no es tampoco neutral. No está indeciso entre Cristo y los malos espíritus. No, él sabe muy bien dónde está: está de parte de Cristo. Cree en Él, está por Él, lucha por Él contra los malos espíritus. Y hasta se sirve del nombre de Cristo y en este nombre glorioso arroja a los malos espíritus.

Pero... He aquí el gran «pero» que tiene Juan contra aquel hombre. Pero... no nos sigue a nosotros. No hace causa común con nosotros. No se ha unido a la comunidad de los discípulos, a la que pertenece Juan. Separado de ellos procede contra los malos espíritus. Tiene el mismo fin que

los discípulos, pero sigue su propio camino. No ha entrado en la Iglesia naciente. Está por Cristo, trabaja por Cristo, pero no se une a la Iglesia.

¿Por qué, pues, no se une? De esto no se nos dice nada en el relato. Sólo sabemos que aquel hombre no tiene nada contra Cristo, cree en Él y trabaja por Él. Pero tiene algo contra el grupo de los discípulos. Si no se une, no depende por tanto de Cristo; depende de sus discípulos. Y aquel desconocido no se les une ni siquiera cuando Juan le advierte que sólo puede expulsar malos espíritus si se une con el grupo. Y ni siquiera se les une todavía cuando Juan le prohíbe expulsar malos espíritus si no se une con el grupo. Él no hace caso y sigue expulsando malos espíritus en nombre de Jesús.

No tiene nada de extraño que Juan corra a Jesús y le refiera todo el caso. Para él es evidente que aquello no puede ser. El Maestro mismo debe intervenir y poner orden, a aquel hombre que hace uso de unos poderes fuera del grupo de los discípulos debe prohibirle e impedirle obrar. Juan está convencido de que Jesús está de su parte y de que él, Juan, ha de cosechar elogios y aquel desconocido censuras.

Estaba muy equivocado. Al celo fogoso de Juan sigue como una ducha de agua fría el «no» de

Jesús: «No se lo impedáis.» Juan debe dejar a un lado precisamente aquello que creía hacer por Cristo. No debe tener demasiado celo, no debe ser fanático ni creerse superior. No debe hacer mal el bien, no debe prohibirlo ni impedirlo sólo porque se hace fuera del grupo de los discípulos.

¿No se hace cargo Juan de que es un fariseo? ¿De que se tiene por mejor que aquél? Aunque no tiene la menor razón de gloriarse de su elección por Cristo. Aun cuando él y todos los discípulos son pobres hombres y pecadores. Aun cuando él y los otros discípulos sean quizá la verdadera razón por la cual aquel desconocido no quiere en modo alguno unirse a la comunidad de los discípulos: por creerse superiores y por la falsa seguridad que tienen de su misión, por su ambición y por su celo fanático. De tal manera que el desconocido se dice: «No, en tal compañía no me siento en mi debido lugar, yo no puedo unirme con ellos. Trabajo por Cristo, pero no con sus discípulos. Obro por Cristo fuera del grupo de los discípulos.»

Y Cristo dijo: «No se lo impedáis.» Él comprende a este desconocido. No lo critica, no lo condena, no lo combate. No, sino que reconoce expresamente lo bueno que por él se hace. Y quiere que esto bueno no sea impedido, sino que siga

haciéndose. Ciertamente que no aconseja a Juan que siga el mismo camino. Ciertamente que no quiere que Juan se separe de los discípulos y siga también su propio camino. Quizás espera incluso que el mismo desconocido llegue al fin a formar parte de la comunidad. Pero sea como fuere, Jesús ve y reconoce el bien aun fuera de la comunidad de los discípulos.

No sólo esto. Jesús va todavía mucho más lejos. Jesús dice: Este desconocido — aun cuando sigue su camino separadamente de la comunidad de los discípulos — pertenece en realidad, secreta y misteriosamente a su comunidad; cree por lo menos y tiene buenas intenciones y buena voluntad. Aunque los discípulos, con su falso celo y su estrechez de espíritu no quieran comprenderlo, aun cuando el mismo desconocido no quiera admitirlo en su obstinación, sin embargo, es cierto que éste pertenece ya a la comunidad de los discípulos, es ya (aunque no marcado con un signo exterior) miembro de la comunidad de los discípulos, pertenece ya a la Iglesia, está ya poseído por la gracia de Dios. Infinitamente profundas y de una misericordia sin límites son las palabras de Jesús: «El que no está contra nosotros, está con nosotros.»

Por eso, al que con vistas a Cristo hace el bien,

al que en lo exterior aún no forma parte de la comunidad de los discípulos y, sin embargo, es misteriosamente miembro de ella, se le aplica también la gran promesa que se aplica a todos los verdaderos creyentes, dondequiera que se hallen: «En verdad, en verdad os digo, no se quedará sin recompensa.»

¿Comprendes ahora por qué me he remontado tan arriba para darte una respuesta? Ciertamente que el caso de aquel desconocido no es sencillamente el mismo que el de un protestante. Pero ambos casos coinciden en algo capital: para nosotros es la Iglesia católica la antigua comunidad cristiana que se halla en la especial sucesión del ministerio de los apóstoles. El protestante no hace en esto causa común con nosotros, y nosotros en la Iglesia católica tenemos desgraciadamente nuestra parte de culpa — como en otro tiempo los discípulos — de que los otros no quieran hacer causa común con nosotros. Y los protestantes — esto debemos suponerlo como Cristo — no están de parte del maligno, no están contra Cristo. Ni tampoco son neutrales, no están indecisos entre Cristo y los malos espíritus. No, están de parte de Cristo, están por Cristo. En Él creen y por Él obran, por Él hacen bien a sus prójimos. Así también a ellos se les aplican las palabras de Jesús: «No

se lo impidáis.» Dejadlos que continúen haciendo el bien, aunque no hagan causa común con vosotros. No seáis presuntuosos ni os creáis superiores, no seáis desamorados ni soberbios con ellos. Claro que esto no quiere decir: separaos de la Iglesia católica y haceos protestantes. Sino que quiere decir: creed que también el cristiano no católico, que cree sinceramente en Cristo y trabaja por Él con la mejor intención, pertenece ya juntamente con nosotros a Cristo: «El que no está contra nosotros, está con nosotros.» Y que por eso él también hallará igual que nosotros su salud, su patria y su cielo: «No se quedará sin recompensa.»

¿Comprendes ahora lo que significa: «Fuera de la Iglesia no hay salvación»? No es una dura verdad farisaica, sino una verdad profundamente misericordiosa, que abarca a todos los hombres de buena voluntad. Quiere decir esto: no hay dos o más Iglesias verdaderas, en las que nos sea dado Cristo, sino sólo una: una gran Iglesia universal. De ella sólo están excluidos los que están contra Cristo (no por ignorancia sino) por malicia; para los que así no creen no hay salvación. A la Iglesia pertenecen en cierto modo todos los hombres de buena voluntad que verdaderamente creen en Cristo y obran por Él en amor. Ciertamente

que hay diferentes formas de la fe, diferentes formas de la pertenencia a la Iglesia. Ciertamente que un protestante que rechaza la función de Pedro querida por Cristo, no pertenece a la Iglesia en la misma forma que un católico. Pero también el protestante — si está de buena fe — quiere pertenecer a la única Iglesia que salva. Dios no deja que nadie se pierda sino por su propia culpa; hizo que su Hijo muriera por todos los hombres y quiere que todos los hombres logren la bienaventuranza. Pero el que logra la bienaventuranza, la logra por Cristo en la Iglesia y pertenece, por tanto, en alguna manera (con frecuencia muy oculta) a la Iglesia única. La Iglesia existe, por tanto, para todos los hombres de buena fe y de buena voluntad. Por eso es la única Iglesia salvadora de todos los verdaderamente creyentes, fuera de la cual no hay salud, sino únicamente ruina e incredulidad.

¿Ves cómo aquel chiste andaba descaminado? En el cielo no hay muros de separación. De ello debemos alegrarnos.

*Debemos seguramente admitir  
que a los ojos del Señor  
no incurre en la culpa  
de no pertenecer a la Iglesia  
nadie que viva  
en ignorancia invencible  
de la verdadera religión.  
Pero ¿quién presumirá  
poder indicar los casos  
en que no se da tal ignorancia  
los cuales varían  
según la índole  
y diversidad de los pueblos,  
según los países  
y las disposiciones de cada uno?*

CARTA OCTAVA:

*¿Qué decir de los paganos?*

Tu respuesta me ha hecho gracia. Algo de razón tienes cuando dices que todos los cristianos, incluso los protestantes, y ellos precisamente, están en el cielo detrás del gran muro. Que al fin y al cabo todos, y precisamente muchos protestantes, opinan en el fondo que sólo los cristianos van al cielo.

Bueno, generalmente no se dice en forma tan burda. Pero sí tienes razón al decir que hoy día muchos cristianos se ven perplejos ante la pregunta: «¿Qué decir de los paganos?» De hecho antiguamente se opinaba con frecuencia que quien no estuviera bautizado quedaba de antemano excluido del cielo; así muchos misioneros se expusieron, como san Francisco Javier, a los increíbles riesgos de la labor misionera de entonces porque estaban convencidos de que los que no se bautizaran se condenaban. Con el tiempo se fueron mitigando las opiniones. Se decía: «No sabemos nada de su suerte; la Sagrada Escritura no insinúa nada sobre esto.» Pero comprendo que

esto no es tampoco una respuesta satisfactoria.

Y ahora a ti también, como dices en tu carta, se te ha planteado por primera vez recientemente el problema al tener ocasión de hablar con un muchacho indio. En efecto, tales encuentros con paganos son cada vez más frecuentes en Europa. Parece ser que tu amigo no quería saber nada de la fe en Cristo. Tú observabas que la conversión de los nuevos paganos modernos es todavía algo más difícil que la de los antiguos. No porque a aquél le faltara buena voluntad, sino porque las dificultades parecen insuperables. Pero tampoco tuvisteis bastante tiempo para hablar a fondo de Cristo y de la fe en Él. Pero tenías la sensación de que aquel muchacho no era peor que tú. Más aún, algunas cosas que te contó de sí mismo con naturalidad y modestia te mostraron que en más de un aspecto era mejor que tú. Comprendo que no tuvieras ya tanto ánimo como antes para pensar: «Como no estás bautizado, no puedes ir al cielo.» O para decir: «Según nuestro Dios no puedo decirte nada acerca de tu suerte.» Tal respuesta, me dices, habría sido presuntuosa, te habría parecido farisaica. Sólo porque tú habías tenido la suerte de ser cristiano irías al cielo, y el otro, sólo porque, sin culpa suya, ha tenido la desgracia de no ser cristiano, no iría al cielo, o

por lo menos por parte de nuestro Dios no se podía decir nada bueno sobre su suerte.

Por lo pronto no necesito decirte que no basta con estar bautizado para ir al cielo. Ni la partida de bautismo, ni la satisfacción de las contribuciones eclesiásticas, ni la asistencia a misa los domingos son una garantía para entrar en el cielo. También un cristiano, también un cristiano católico puede perderse. Pero tu cuestión es esta otra: ¿Puede salvarse también uno que no sea cristiano?

No es fácil responder a esta pregunta en una carta. En realidad no se ha enfocado siempre con el mismo rigor. Y esto por la sencilla razón de que en otro tiempo las gentes no se daban cuenta como hoy de las enormes proporciones de la humanidad no cristiana. Si me preguntas por qué, puedo señalarte tres razones.

Primera razón: La historia no cristiana del mundo se ha prolongado enormemente hacia atrás. ¿Comprendes lo que quiero decir? Cristo apareció en el mundo hace cosa de dos mil años. Los datos del Antiguo Testamento, que durante largo tiempo se tomaron como datos históricos (aunque en realidad no lo son) inducían a atribuir a la humanidad 4145 años antes de Jesucristo. Pero



según los modernos descubrimientos científicos se calcula con frecuencia en unos 600 000 años la edad de la humanidad. En comparación con estos 600 000 años, la historia cristiana (y aun la historia del pueblo escogido de Israel) representa una parte diminuta e insignificante. ¿Se habrán perdido los hombres de los 590 000 años (poco más o menos) restantes? Y si no, ¿cómo se habrán salvado?

Segunda razón: El mundo no cristiano se ha ampliado enormemente en el espacio. Sabes muy bien cuán limitados eran los conocimientos de la antigüedad respecto a la tierra habitada por hombres. Claro que también entonces se hacían viajes (recuerda la grandiosa marcha de Alejandro Magno a la India). Pero en general para los hombres de la Iglesia antigua y medieval el mundo (o la «tierra habitada» = Oekumene) se reducía al espacio mediterráneo con sus zonas marginales. Los descubrimientos de la edad moderna mostraron por primera vez las proporciones gigantescas de la humanidad en las partes del mundo antes desconocidas: en las dos Américas, en todo el continente africano, en las inmensas estepas de la Rusia asiática, en las enormes superficies de India y de China, en las islas del Pacífico, regiones

que en parte poseían una cultura muy antigua, muy elevada, de carácter religioso. Millones y millones de hombres habían vivido en estas tierras durante milenios antes de que fuera nadie a anunciarles la fe en Cristo. Y aun hoy mismo, casi 500 años desde el descubrimiento de América, en muchas de estas regiones sólo hay todavía un insignificante número de cristianos. Sírvante de ejemplo los muchos centenares de millones de habitantes de los países asiáticos:

En la India sólo son cristianos el 2,6 % de la población (el 1,4 %, católicos).

En China sólo son cristianos el 0,66 % de la población (el 0,5 %, católicos).

En Japón sólo son cristianos el 0,49 % de la población (el 0,23 %, católicos)

La entera población de la tierra se calcula hoy en más de 2500 millones. De éstos, sólo 847 millones son cristianos, de los cuales a su vez sólo 460 millones son católicos.

Pero debes tener muy en cuenta lo siguiente: En tiempo relativamente breve esta situación adquirirá proporciones sumamente desfavorables para los cristianos, pues precisamente en Asia y África los pueblos no cristianos crecen con una

rapidez vertiginosa en comparación con los pueblos cristianos del mundo occidental. Los cómputos más recientes acerca de China arrojan las siguientes cifras:

China en el año 1960: 700 millones de habitantes (más que toda Europa con la Unión Soviética).

China en el año 2000: 1700 millones de habitantes (es decir, más de 400 millones más que hoy día en Europa, la Unión Soviética, las dos Américas y África).

Con esto viene a ser la cuestión más apremiante que nunca: El número de los no cristianos crece a un ritmo y en una proporción exorbitantes. ¿Se perderán, pues, todos estos miles de millones de almas? Y si no, ¿cómo han de salvarse?

Tercera razón: El mundo no cristiano ha penetrado profundamente en el mundo cristiano. En la edad media había lo que se podía llamar un «Occidente cristiano». El paganismo se hallaba fuera, al margen del mundo cristiano. Hoy día el paganismo — el neopaganismo, como se suele decir — se halla en medio del Occidente cristiano. La Iglesia va convirtiéndose cada vez más

en diáspora. Hoy día, en los países cristianos, son muchísimas las gentes que no saben nada de Cristo, que no creen en Él, que quizá ni siquiera creen en Dios. Son muchísimos los cristianos puramente de nombre: cristianos de bautismo, que en modo alguno toman en serio el Evangelio. Y no digamos la superstición con que está todavía mezclada la verdadera fe.

También aquí tenemos que ver las cosas como son. Cierto que entre los católicos están las cosas — según enseña la experiencia — mejor que entre los protestantes. Pero aun así, en Alemania sólo asisten a la misa del domingo alrededor del 47 %, en Austria sólo el 33 %. Se ha calculado que, con muy pocas excepciones, en ninguna gran ciudad del mundo occidental (comprendidas las dos Américas) practican más del 30 % de los católicos. Y el porcentaje es todavía muy inferior allí donde no domina la tradición cristiana: el 10 % en los barrios obreros y centros industriales de Viena, el 6 % en París, el 2,66 % en Lens (en la zona carbonífera del norte de Francia). Tampoco es mejor la situación en Italia: a la misa del domingo asisten el 15-17 % de los bautizados; y todavía es peor el caso si se dividen las cifras en categorías: el porcentaje de jóvenes es de 5-7 %, el de hombres de 2-3 %.

¿Quién osaría afirmar que todos estos que no practican sean malos? Con frecuencia, ¿qué culpa tienen de no poseer la fe cristiana? ¿De que no estén en la debida altura la casa paterna, la educación cristiana o la parroquia? Tengamos en cuenta los innumerables influjos del medio social, del partido político, etc. Es incalculable el número de los paganos sin culpa suya en la Europa cristiana.

¿Estarán, pues, perdidos los millones y millones de neopaganos que hoy día viven en medio del «mundo cristiano»? Y si no, ¿cómo han de salvarse?

Si reúnes todo lo que te he dicho hasta aquí, verás que el problema es de una urgencia verdaderamente acuciante: en comparación con la población total de todos los continentes en los 600 000 años poco más o menos de historia de la humanidad hasta nuestros días, los cristianos verdaderamente creyentes forman una minoría en realidad insignificante. De ahí la cuestión: ¿Qué sucederá a esos miles de millones de los «otros»? ¿Pueden salvarse o no?

Ahora bien, los cristianos verdaderamente convencidos pueden estar de acuerdo acerca de dos cosas fundamentales. Primero: nadie puede salvarse por sí mismo, por sus propias fuerzas; tiene

necesariamente que contar con la gracia salvadora de Dios, que opera por medio de Jesucristo. Segundo: Dios no quiere que nadie se pierda sin su propia culpa, sino que todos puedan lograr la salvación por Jesucristo: «Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tim 2, 4-6), «...nosotros esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, sobre todo de los infieles» (1 Tim 4, 10).

De aquí puedes deducir lo siguiente: es falso en primer lugar decir: «Todas las religiones son iguales. Sólo expresan la verdad en distinta forma. Cada uno puede salvarse a su manera. Obra bien y no temas a nadie.» Los cristianos creemos, por el contrario, que los hombres no se pueden salvar por Buda, o Mahoma, o cualquier otro profeta, sino únicamente por la gracia de Dios en Jesucristo.

Pero, en segundo lugar, es también un error decir: «Sólo los cristianos pueden salvarse. Sólo en el cristianismo hay verdad. Sólo dentro de la Iglesia hay gracia.» Los cristianos creemos por el contrario que por la gracia de Cristo pueden

salvarse todos los hombres, dondequiera que se hallen y como quiera que hayan vivido.

¿Pero cómo será esto posible? En la edad media, cuando se creía que era sumamente reducido el número de los paganos, se suponía que Dios enviaría a tales gentes (por ejemplo, en una isla solitaria perdida en la inmensidad de los mares) o un ángel o un misionero naufragado, o una iluminación interior a la hora de la muerte, para anunciarles la fe en Cristo. Pero estas soluciones son contrarias a toda experiencia. Tales medios extraordinarios y maravillosos no pueden aplicarse a innumerables miles de millones de hombres, no pueden constituirse en regla, algo así como en medio normal de salvación.

¿Qué decir, pues, si Dios quiere de todos modos misericordiosamente que todos los hombres se salven, si la gracia de Dios se extiende mucho más allá de la Iglesia visible hasta abarcar a la humanidad entera? Los mismos antiguos cristianos estaban convencidos de que la gracia de Cristo había obrado también en los paganos anteriormente a Cristo, pudiendo así conducirlos a la salud. Ahora bien, también hoy día la mayoría de los hombres vive propiamente antes de Cristo: no han oído nada de él, o por lo menos no lo han oído en la forma conveniente. Cristo no se

les ha anunciado todavía. Y sin embargo, también a ellos se extiende la gracia de Cristo, pudiendo conducirlos a la salud.

El apóstol san Pablo estaba convencido como ningún otro hasta lo más hondo de su ser de que todos los hombres son pecadores delante de Dios y nadie puede salvarse sin la gracia y la misericordia de Dios, que debe recibir con actitud creyente. Esto se aplica en igual forma a judíos y paganos. Pero precisamente por estar tan convencido de ello se pronuncia decididamente contra la idea de que los judíos, que habían recibido la especial revelación de Dios (la ley), hayan de condenar a los paganos y opinen que sólo ellos pueden lograr la salud. Lo que importa, dice san Pablo, no es oír la ley, sino cumplirla.

Sólo la gracia de Dios justifica al hombre pecador. Pero el que ha sido justificado por la gracia de Dios ha de dar prueba de su fe mediante la caridad y sus obras. Sobre esto juzgará Dios el día del juicio: «No son justos ante Dios los que oyen la ley, sino los cumplidores de la ley, éstos serán declarados justos» (Rom 2, 13). En efecto, el día del juicio Dios «dará a cada uno según sus obras: la vida eterna a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción; pero ira e indignación

a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia» (2, 6-8). También el pagano puede así en ciertos casos hacer el bien mediante la gracia de Dios. «Pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil (griego)» (2, 9).

Pero ¿cómo puede el pagano cumplir la ley, si no conoce la ley y la revelación de Dios? ¿Es que tiene una ley? Sí, dice san Pablo, la ley de Dios está inscrita en los corazones de los paganos, de modo que ellos mismos son su ley: «En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin ley, cumplen los preceptos de la ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos ley» (2, 14). De esta manera se muestra que Dios ha escrito una ley en el corazón de los paganos y que la conciencia de los paganos da testimonio de la ley de Dios: Pues los paganos «muestran que los preceptos de la ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan» (2, 15). Pero en definitiva juzgará Dios también a los paganos según el Evangelio de Cristo, como lo proclama san Pablo: «...el día en que Dios por Jesucristo, según mi evangelio, juzgará las acciones secretas de los hombres» (2, 16).

Todo esto, como ves, no es fácil de entender.

Se puede entender equivocadamente. Como si todo lo que importa fuera sencillamente que el hombre hiciera buenas obras. Así pensaban los fariseos. No, el hombre, tampoco el pagano, no puede hacer nada bueno por sí solo. Depende absolutamente y de antemano de la gracia de Dios. En la cruz y en la resurrección de Cristo se demostró Dios clemente para con todos los hombres, les imputó la justicia. Sin obras, con las manos vacías, debe el hombre entregarse a Dios y poner en Él toda su confianza, en una palabra: creer. Sólo con esta actitud puede luego hacer con fruto obras de amor y de caridad. Y sólo así puede también en definitiva salir airoso en el juicio.

Ahora bien, todo esto, esta justificación del pecador y la entrega desinteresada y confiada a Dios, puede darse también entre los paganos: ocultamente, en sombras, en forma imperceptible para nosotros y, sobre todo, sin poderse comprobar con certeza. Si el pagano se entrega con fe, en alguna forma oculta pero real, a este único Dios verdadero, en Jesucristo, al que quizá sólo bajo infinitos velos entrevé oscuramente, y si luego da prueba de su fe en las obras del amor y de la caridad, él también puede salvarse. Cómo tenga lugar esto y si en un caso concreto tiene lugar,

es cosa que nosotros no podemos saber. Dios es el único que conoce estos caminos; Él es el único que ha de juzgar a cada uno en particular.

Debemos alegrarnos viendo que la gracia de Dios, tal como se nos ha manifestado en Cristo, es tan grande y amplia que abarca la tierra entera: a todos los hombres, en quienes se complace. Debemos alegrarnos de no tener que juzgar de antemano a ninguno de esos paganos en Asia, África y en Europa misma. Como testigos de la fe y apóstoles de Jesucristo podemos y debemos anunciarles de palabra y de obra el Evangelio en la convicción de que los ha englobado ya la gracia de Dios en Jesucristo. Claro que ninguno de ellos puede invocar esto, pues ¿cómo podría tener ya la certeza de ello? Para él importa mucho más — caso que se vea enfrentado con esta opción — conocer realmente a ese Cristo en el que ya ha sido salvado.

Todo esto ha sido para ti un plato demasiado fuerte, ¿verdad? Si no has entendido bien la carta, vuelve a leerla más tarde con toda calma. Quizá podrías también leer la carta de san Pablo a los Romanos, o los Hechos de los Apóstoles, donde hallarás también algo sobre este particular.

## PLEGARIAS DE LOS PAGANOS

Estoy abandonado.

*Solo estoy y abandonado,  
me martiriza el sentido.  
¡Ay! sufro como un gusano  
al que asedian las hormigas.  
¿No querrás tú abandonarme...?*

*Yo que tengo que temerme  
si me separo de ti,  
cual se agita un pececillo  
en un arroyo sin agua...  
¡No quieras tú abandonarme!*

Manikkavashagar, India del sur, siglo IX

Amar desinteresadamente.

*Señor, no deseo riquezas, hijos ni erudición.  
Si es tu voluntad, hazme migrar de nacimiento en*

*nacimiento, pero otórgame tan sólo que te ame  
sin esperar recompensa, que ame desinteresada-  
mente, sólo por el amor.*

*Vedas, India, s. I a. C. (?)*

Soy un forastero en tu tierra.

*¡Oh Señor!,*

*si te imploro por temor al infierno,  
arrójame al infierno.*

*Si te imploro esperando el paraíso,  
destiérrame de él.*

*Pero si te imploro por ti mismo,  
no me separes de tu eterna belleza. . .*

*¡Oh Dios mío! no puedo vivir en el mundo sin  
acordarme de ti.*

*Y ¿cómo podría resistir en lo venidero sin tu mi-  
rada...?*

*¡Oh Señor!, mi suspirar ante ti no es nada, pues yo  
soy forastero en tu tierra, solitario entre tus ado-  
radores.*

*Rabi'a al-Adawiya, Mesopotamia, hacia 717-801*

Esclarece mi semblante.

*¡Oh Dios!, que el claro resplandor del día  
viertes sobre la tierra, es tan oscuro  
el día para mí, todo es tristeza,  
quejas, pena, miseria y nada más.*

*El dolor me anonada, como a uno  
a quien sólo tocara en suerte el llanto.*

*¡Oh tú, mi Dios, que eres también mi Padre,  
que me engendró, esclarece mi semblante!*

*¿Hasta cuándo he de estar abandonado?*

*¿Hasta cuándo me ha de faltar tu apoyo?*

*Treno sumérico, Babilonia del sur,  
hacia el 1700 a. C.*

*Ven a mí, ¡oh Dios!*

*Ven a mí, ¡oh Dios!,*

*y cuida de mí.*

*Eres tú solo quien hace algo por mí;  
fuera de ti, nadie hace algo por mí,  
tú eres el único.*

*Ven a mí, ven, ¡oh Dios!, día tras día.*

*Tú eres un Dios excelso.*

*Mi corazón camina a tu mansión.*

*Mi corazón exulta,  
y mi pecho rebosa de alegría,  
pues mis ruegos y preces de aquel día  
y mis cantos de gloria de aquella noche  
han de ser escuchados.  
Mis plegarias fluirán otra vez de mis labios  
y serán también hoy escuchadas.*

*Tú eres el Dios único, ¡oh Dios del sol!  
Nadie se puede equiparar contigo.  
A millones proteges  
y salvas a centenas de millares,  
tú, protector de todos  
los que te invocan, ¡oh Señor de Heliópolis!*

*No me castigues por mis muchas culpas.  
Hombre soy que se ignora y desconoce.  
Un insensato soy.  
De día tras mi boca  
voy, cual buey tras el heno;  
pero de noche viene a mí tu gracia,  
como un refrigerio.*

Egipto, II milenio a. C.

CARTA NOVENA:

*¿Eres supersticioso?*

Tú también quizá te reíste cuando hace poco la estrecha conjunción de los planetas Júpiter, Saturno, Marte, Venus y Mercurio en el signo de Capricornio puso a toda la India en el mayor sobresalto: los astrólogos habían profetizado alguna gigantesca catástrofe, algún temblor de tierra, y algunos hasta el fin del mundo. Antes de que llegase el momento crítico, muchas mujeres se habían instalado con sus niños en descampado. Las dos noches se oyó en Delhi el clamor de sacerdotes hindúes orantes, que por encargo de los habitantes atronaban el barrio sin cesar reforzados por altavoces. Se llevaron al templo ricos presentes. Los aviones, trenes y autobuses sólo llevaban pocos pasajeros. No se mató en los mataderos y no se pudo comprar carne. Los demás víveres subieron de precio, pues muchos mayoristas tuvieron cerrado durante tres días. Se había dado vacación a muchísimos empleados de los servicios públicos y de empresas privadas. El



mismo Nehru, que en sus alocuciones había ridiculizado toda aquella balumba astrológica, sólo hasta cierto punto logró calmar a la población.

Y hasta quizá te hayas reído de los indios supersticiosos, pensando que tales cosas no suceden entre nosotros. ¿De veras? ¿Qué hay, pues, de la creencia en las estrellas en nuestros países? ¿No has procurado quizá tú mismo enterarte disimuladamente con todo detalle del signo del zodiaco bajo el que naciste, de si eres un león o un carnero, de si eres del signo de Sagitario o de Virgo? ¿No puedes quizá describir con precisión las especiales oportunidades de tu tipo astrológico, por ejemplo, de lo que se puede esperar de uno nacido en Taurus, por razón de las especiales aptitudes, los fuertes y los flacos de su tipo? Hay tantos que sonrían cuando se habla de la creencia en las estrellas y, sin embargo, consultan con más o menos regularidad un horóscopo: se preguntan, en efecto, si se cumple o no, si se realizan o no las expectativas: buena o mala suerte, en los exámenes, en la profesión, en cuestiones de dinero, en el amor... Y ¡quién sabe!, quizás esta misma semana... No se sabe, pero de todos modos no puede perjudicar...

Oirás decir que al fin y al cabo la astrología no es una cosa de ayer. ¿Cuántas ciencias tienen

una tradición semejante a la de la astrología? Y son muchos los grandes astrónomos que investigaban la ley de la naturaleza (*nomos*) que actúa en las estrellas y eran a la vez astrólogos, que trataban de descubrir un sentido o razón (*logos*) oculta en las estrellas. En realidad ya los más antiguos astrónomos de nuestro ámbito cultural, los babilonios, eran a la vez grandes astrólogos. Su práctica y teoría astronómica científica aportó valiosos resultados a la historia de las ciencias físico-naturales. Pero los antiguos sabios no se contentaban precisamente con esto. El «arte» de la astrología babilónica era más que esto: consistía en leer la escritura figurada de las estrellas: dio nombres a las estrellas y los interpretó en relación con el devenir de la tierra. Así los babilonios, o caldeos, como se los llamó más tarde, no tardaron en elaborar un lenguaje astrológico, con ayuda del cual explicaban e interpretaban las profecías celestes. Los siete planetas: Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno, a los que todavía hoy corresponden los siete días de la semana, «hilan — según el término babilónico —, con su marcha por el cielo, los hilos del destino; calladamente tejen la trama de la vida terrestre». Era tan grande la fama de los caldeos como astrólogos, que la denominación de caldeo vino a

ser el término para indicar la profesión de intérprete de las estrellas, de astrólogo. Los mismos «magos de Oriente» que según el Evangelio buscaban al «recién nacido rey de los judíos», no eran reyes, sino probablemente hombres versados en el estudio de los astros: babilonios, es decir, caldeos.

Hay que reconocer que ni siquiera el cristianismo logró desarraigar la astrología, que se había aclimatado entre los griegos y los egipcios. La antigüedad cristiana, como también el medioevo cristiano, están llenos de cábalas de las estrellas: emperadores como Federico II y Rodolfo II, poetas como Dante y Calderón, papas como Julio II y León X, se ocuparon de la interpretación estelar. Pero, lo que todavía te sorprenderá más: ni siquiera la moderna astronomía, con sus desconcertantes descubrimientos, ha logrado desarraigar la astrología. Los clásicos de las nuevas ciencias naturales incipientes fueron también astrólogos por lo menos en sus primeros años: Regiomontano, Tycho Brahe, Galileo, Kepler, Francis Bacon y otros. Cierto que los astrónomos de hoy no son ya astrólogos. Pero supongo que habrás notado que las mismas revistas ilustradas que en la primera o segunda página presentan fotografías de las más recientes pruebas de cohetes espaciales en

Cabo Cañaveral, publican en la última el horóscopo de la semana. Y quizás hayas oído también que la estrella que llevan los automóviles Mercedes encima del radiador, como signo de notable progreso técnico, no impide a algunos automovilistas hacer ciertos negocios rigiéndose por combinaciones astrológicas.

Y hasta cabe preguntarse: ¿De qué sirven todos los argumentos de la ciencia contra estos oráculos astrológicos? ¿De qué sirve decir por ejemplo que la vieja imagen del mundo de los astrólogos es un cuento, que a los siete sagrados planetas de la astrología se han de añadir todavía Urano, Neptuno y Plutón; que entre Marte y Plutón puede haber más de dos mil pequeños planetas; que las imágenes utilizadas como signos del zodiaco no coinciden con la realidad: que, por ejemplo, las estrellas del signo de Taurus, que con un poco de fantasía se pueden combinar en una hoja de papel para representar unas astas de toro, en realidad no se hallan en un mismo plano, sino que en el espacio inconmensurable se hallan a billones de kilómetros más lejos o más cerca de nuestra tierra? Más aún: ¿de qué sirve decirle a un entusiasta de las estrellas que para un ser humano en formación es más decisivo el momento de la concepción que el del nacimiento, que por

razones médicas se puede anticipar o diferir el momento del nacimiento, de modo que arbitrariamente se puede convertir a un hombre de Piscis en un hombre de Aries, que la misma fecha y el mismo lugar del nacimiento produce santos y criminales, y que, por el contrario, hombres de horóscopos muy diferentes naufragan en un mismo barco? ¿De qué sirve decirle a un entusiasta de las estrellas que muchos proyectan en su tipo estelar sus propias disposiciones naturales, que las predicciones de los astrólogos se distinguen por una desconcertante imprecisión y ambigüedad y que, finalmente, la entera astrología es un magnífico negocio para astrólogos y gacetilleros?

Como ves, todas estas objeciones son verdaderas y se han repetido infinidad de veces. Sin embargo, no son capaces de acabar con la creencia en las estrellas. Es que el ansia de saber del hombre es más fuerte que todos estos argumentos. Ansia de saber el futuro del hombre, lo que le puede sobrevenir. Como el hombre quiere saber lo que le aguarda, y como esto no está escrito en ninguna parte en la tierra, se intenta leerlo en el cielo. Por eso se presupone que el cielo y la tierra, las estrellas y el hombre están regidos por las mismas leyes, que el hombre está en alguna forma enlazado con hilos misteriosos con los arque-

tipos del cielo. Por eso se intenta descubrir esta conexión misteriosa del hombre con su tipo estelar. Por eso se intenta resolver el misterio de esta conexión, interpretar el enigma del destino humano. El hombre querría saber lo que le aguarda. Querría estar seguro. Querría poder disponer de su destino y de su porvenir.

No hay medio que al mismo hombre moderno le parezca bastante descaminado y estúpido con tal de poder descifrar y dominar el futuro, ya sea la buenaventura leída en los posos del café, en las cartas, en las líneas de la mano o en el péndulo, o la más primitiva interpretación de los sueños y la evocación de los espíritus de los difuntos. Uno de cada diez alemanes está seriamente influido por una u otra forma de predicción del futuro, como lo ha comprobado el Instituto Demoscópico de Allensbach. Ya sabes que para muchos el viernes es día de mal augurio, que muchos creen que la mascota del automóvil puede librarles de accidentes, que se teme tanto al número 13 que en muchos hoteles no hay cuarto de este número, pues casi siempre estaría vacío. Todavía no hace mucho me contaba un señor que había podido tomar a bajo precio un camarote n.º 13 en un trasatlántico, sólo porque una señora tenía miedo a dicho número. Y he oído también de un ingeniero que hace muy

poco cuando iba por la mañana a la oficina se volvió a casa porque había visto correr un gato negro por la calle. Te extrañará, ¿verdad?, que un hombre de la técnica sea tan supersticioso. ¿Qué quieres? Así son las cosas: cuanto más se pierde la fe, más crece la superstición.

*Para que el mundo crea* deberíamos ser nosotros inquebrantablemente creyentes. La superstición envenena la fe. Pero lo malo es que con frecuencia precisamente gentes piadosas mezclan y desfiguran malamente la fe con supersticiones. Cier-to que la situación no es ahora tan grave como antes, cuando se practicaba la más monstruosa superstición con sagradas formas, con reliquias, con agua bendita, etc. Pero todavía hoy no faltan gentes devotas que creen poder doblegar a Dios con cierto número de misas, con determinadas oraciones, con velas encendidas..., que «sólo aprovechan si son tantas o cuantas, si se hacen en tal serie, si no se hace ninguna interrupción». Todo esto sucede, aun cuando el concilio de Trento había amonestado ya a los obispos: «Tienen absolutamente que desterrar de la Iglesia ciertos números determinados de misas y velas, que son más una invención del culto supersticioso que de la verdadera veneración de Dios.» Hemos de es-

perar que Dios escuche nuestras oraciones no en virtud de determinadas fórmulas y prácticas inventadas por los hombres, sino por la libérrima bondad y gracia de nuestro Señor. También con imágenes de santos, con medallas y reliquias practican los cristianos superstición si atribuyen eficacia a estos objetos materiales en lugar de dirigirse interiormente a Dios con fe, esperanza y caridad. También el sensacionalismo que se manifiesta en un prurito de milagros, de visiones, de apariciones y de revelaciones privadas es una desviación supersticiosa del centro de la fe. Con todas nuestras prácticas supersticiosas desacreditamos nuestra fe delante del mundo, inducimos a los incrédulos y a los que profesan otra creencia a mofarse de nuestra Iglesia y de nuestra fe.

Mira: toda creencia supersticiosa en las numerosas estrellas fue suplantada de una vez para siempre con la fe en la única y gran estrella. Tal es el sentido de la narración evangélica de los magos, de aquellos sabios astrólogos de Oriente. En Jesús, el Señor, se han realizado todas las expectativas, la expectativa de los profetas y justos de Israel, y la expectativa de los paganos observadores de las estrellas. Comprende lo que quiero decir: lo que a ti y a mí debe colmarnos

de gozo y lo que no puede anunciar ningún astrólogo ni ningún horóscopo es esto: en este uno, en Jesús, se ha realizado toda expectativa, todas las expectativas del mundo entero. Nuestro futuro no está escrito en las estrellas, no está oculto en las constelaciones. Para nosotros que creemos, nuestro futuro está luminoso y confortante en el que dijo: «Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana» (Ap 22, 16).

*¡Oh profundidad de la riqueza,  
de la sabiduría  
y de la ciencia de Dios!  
¡Cuán insondables son sus juicios  
e inescrutables sus caminos!  
Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor?  
¿Quién es su consejero?  
¿Quién primero le dio  
para tener derecho a retribución?  
Porque de Él, y por Él y para Él son todas las  
cosas.  
A Él la gloria por los siglos. Amén.*

Rom 11, 33

CARTA DÉCIMA:

*¿Tienes dudas sobre la fe?*

Por cierto no se te nota. Das sensación de seguridad de ti y de superioridad. No, no se te nota. Sin embargo, no me sorprendería. O, dicho con más claridad: me llamaría la atención que no fuera así. En tal caso, sería señal de que todavía eras un niño. Naturalmente, hay personas que en este sentido son niños toda la vida; pero hoy son menos. Como a ti, les pasa hoy día a muchísimos de tu edad: al exterior, seguridad, por dentro... duda.

A veces desaparecen las dudas durante muchas semanas, quedan enterradas por el trabajo, por las distracciones, que llenan la vida del hombre. Pero se sabe muy bien que no se han retirado definitivamente, que no han capitulado: ha sido sólo una retirada provisional.

Pero ahora me escribes que has confesado con frecuencia dudas sobre la fe. No sé si has hecho bien en confesarlas. Ciertamente que en más de un devocionario se llama la atención con esta pregunta:

«¿Has dudado de la fe?» Pero esta pregunta se presta a equívocos y a muchos los ha atormentado ya más de lo que era menester. En efecto, hay dos casos muy diferentes. Una cosa es que uno dude de su fe porque en el fondo no quiere creer en serio; porque siéndole molestas las consecuencias prácticas de la fe, prefiere mantenerse en la actitud de duda; porque en lugar de pronunciar un sí valeroso y creyente contra todos los obstáculos, prefiere atrincherarse, cobarde y perezoso, tras los obstáculos y poner a todo un indolente signo de interrogación: «Después de todo, ¿quién sabe si en realidad todo eso es verdad?» Y otra cosa es cuando uno quiere seriamente creer y no se arredra ante las consecuencias de la fe, pero, no obstante su mejor voluntad, siente al mismo tiempo la tentación de incredulidad; porque ahora es ya un cristiano que piensa, no un cristiano dormido, sino despierto, que siente las dificultades de la fe; porque en algunos casos le agitan fuertemente estas dificultades y hasta le zarandean con violencia de una parte a otra. A esta segunda clase de dudas sobre la fe se las llama más bien dificultades de la fe. No nos las creamos nosotros, sino que ellas mismas nos asaltan. Pero, por muchas que sean estas tentadoras dificultades de la fe, no son capaces todas juntas de constituir una verdadera

duda voluntaria, de que uno haya de acusarse delante de Dios.

Lo peor de nuestro tiempo no me parece ser el hecho de forzarnos a tomar una decisión. Antes la fe era para la mayoría de los cristianos la cosa más natural. Se había mamado la fe, como suele decirse. Se nacía cristiano y creyente en cierto modo como se nace francés o italiano, húngaro, español o suizo. Como la cosa más natural. Uno creía. Cada uno creía: el padre y la madre, toda la familia, los vecinos, todo el pueblo, la ciudad entera: todo el mundo creía. Pero ni siquiera entonces era esto tan cierto; ya entonces había incrédulos más o menos ocultos y no pocas gentes que dudaban de la fe con ligereza e indolencia. Pero al exterior se daba por lo menos la sensación de que todos creían. Entonces ¿por qué no yo también?

Pero eso ya se acabó. Tú mismo me has escrito cómo te ha perturbado estos últimos años el haber penetrado algo más a fondo en la vida real. Has podido conocer a otras personas, en la escuela, en el trabajo, en sociedad. Gentes con frecuencia muy simpáticas, pero para quienes la fe no era una cosa tan natural. Tenían otras creencias o, como ellos mismos decían, no creían en nada. Has leído de hombres muy sensatos que enseñaban algo muy distinto de lo que te habían enseñado tus

padres o tu párroco. Claro que éstos no mentían, pero ¿no se habrían equivocado? Y ¡cuántos padres hay que tampoco creen! Comprendo que todo esto te inquietara.

Pero vuelvo a repetirte que no está mal que te veas situado ante la alternativa. Al fin y al cabo la fe no es algo que se recibe por herencia, como tales o cuales disposiciones de cuerpo o de alma. Ni siquiera el bautismo aprovecha si no está respaldado por la decisión de fe; el bautismo es el sacramento de la fe. La fe es una decisión, una opción: en definitiva, ¿quieres fiarte de ti o de Dios? ¿Quieres tomarlo todo por ti mismo en tus manos o quieres dejarlo todo desinteresadamente en manos de Dios? ¿Quieres fiarte de su palabra o no, quieres creer o no?

Es evidente que un niño no puede todavía enfrentarse con la decisión en la misma forma que tú. Un niño acepta con toda naturalidad cosas que tú no puedes ya tomar con esa naturalidad, que ni tienes necesidad de tomarlas así. Tu saber ha aumentado en todos los sectores. Tu idea del mundo se ha modificado, se ha ampliado. Tú vives en otro ambiente. Todo esto no carece tampoco de importancia para tu fe. Tu fe atraviesa una crisis de crecimiento. Es la misma fe, y sin embargo quisiera ser la fe de un adulto. Quien piense poder

arreglarse toda la vida con el pequeño catecismo, quiere prácticamente escalar montañas con zapatitos de niño.

Pero tú me preguntas: «¿Qué he de hacer cuando me hallo en tales crisis de la fe?» Por lo menos estar tranquilo y no inquietarte. El gran escritor ruso León Tolstoy dice: «Si te viene la idea de que es falso todo lo que pensabas sobre Dios y de que no hay Dios, no te asustes por eso. A muchos les sucede así. Pero no pienses que tu incredulidad proviene de que no hay Dios. Si ya no crees en el Dios en que creías antes, esto depende de que en tu fe había algo que no estaba en regla, y debes esforzarte por comprender mejor eso que llamas Dios. Si un salvaje cesa de creer en su dios de madera, esto no quiere decir que no hay Dios, sino que el verdadero Dios no es de madera.» Hay que reflexionar por tanto tranquilamente y sin ansiedad. En estos años tienes sin duda alguna que suprimir algunas cosas que sólo eran cubiertas superficiales de la fe. La fe no vacila, ni con mucho, siempre que vacila algo en tus ideas religiosas. Tú mismo me has contado que tu tío, a pesar de haber estudiado, cada vez que se cambia algo de la liturgia piensa que se cambia algo también de la fe, y que él mismo no puede comprender cómo la misma misa haya sufrido tan notables mo-



dificaciones a lo largo de los siglos. Y a ti también te pasó lo mismo en un caso parecido: de niño pensabas que el mundo había sido hecho realmente en seis días, es decir, en seis períodos de veinticuatro horas. Me acuerdo muy bien que más tarde me dijiste que los seis días habían sido seis millones de años. Finalmente descubriste que tampoco podía ser así: ¿Cómo iba a haber sido creada la luz el primer día si sólo el día cuarto fueron creados los cuerpos celestes: el sol, la luna y las estrellas? ¿Cómo puede compaginarse la sucesión del relato bíblico de la creación con los descubrimientos de la astronomía y geología modernas? Ahora sabes que los seis días no son sino el revestimiento literario que el autor dio a su fe en Dios creador. Ahora sabes que todas éstas son imágenes y símiles para expresar que todo, todas las criaturas fueron realmente hechas con libre voluntad por Dios y que sólo Él merece adoración. Ahora sabes que la Sagrada Escritura no pretende enseñar ciencias naturales y que en la Sagrada Escritura hay que distinguir siempre — también en los relatos de la creación del hombre y del pecado original — entre el contenido de fe y la forma de exposición.

Así vas comprendiendo cada vez mejor la palabra de Dios. Se suele decir que con la Sagrada

Escritura sucede como en el mar: cuanto más se avanza, más profundo es.

Ahora ves que lo que al principio puede aparecer como dificultad de fe, como obstáculo para creer, bien entendido puede servir para profundizar y consolidar la fe: que no debe uno detenerse en lo exterior y superficial, sino que se avanza hacia lo profundo, que uno no se compromete con la letra de la Sagrada Escritura, sino que en todas partes busca el Espíritu. Así, aunque se modifica tu fe, se conserva la misma. Te haces más maduro. Que todo esto no se realiza siempre por sí solo, tú mismo lo comprendes y no necesito recordártelo. No hay quien no deba contar con la ayuda del prójimo. Con frecuencia podrá aprovecharte en tus dificultades de la fe un sermón o un libro, una conferencia o — ya que no puedes escribirme a cada paso — la conversación con un sacerdote o con un amigo.

Pero, mira: todo lo que te he escrito aquí no es todavía la respuesta definitiva. Las cuestiones de la fe no son como una adivinanza o un rompecabezas. En éstos se tarda quizá mucho hasta dar con la solución, pero cuando se halla, todo aparece claro y sencillo. La fe no tiene nada que ver con esto. Es que no se trata de verdades humanas, que dicen los hombres y que los hombres

pueden comprender. Aquí se trata de la verdad de Dios, que siendo infinitamente grande sobrepasa todo lo que los hombres pueden decir y comprender. La fe no es nunca clara. La fe es siempre oscura. Sólo en la gloria cambiarán las cosas: «Porque ahora vemos como por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte. Entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13, 12). Sólo en la gloria cambiará la situación. Pero hasta entonces surgirán siempre dificultades, surgirán siempre dudas, y no puede menos de ser así. La duda es la sombra de la fe. No siempre se la nota, pero siempre está latente. A cada momento puede entrar en acción. No hay misterio alguno de la fe al que no pueda alguna vez acometer la duda.

Así comprendes también que la fe es algo grande y osado. La fe es un arriesgarse. Un arriesgarse con tanta osadía como cuando se camina por una cresta de montaña a 4000 metros de altura. Naturalmente, puede uno tener miedo si ve los abismos a los dos lados. Naturalmente puede uno preguntarse si logrará llegar al otro lado. Pero, al fin y al cabo, ¿qué es lo que importa? No ya fijar la mirada en las profundidades y perder el equilibrio, sino seguir adelante con áni-

mo y decisión: no precipitarse, sino avanzar tranquilamente y sin desmayo **paso a paso** con la mirada fija cada vez en el punto que sigue.

Si te asalta la duda, importa tener confianza en Dios, sin dejar a un lado a Cristo y su gracia, sin desentenderse de Él. En tales momentos, aun cuando no veas la solución, no debes perder los ánimos. Debes ir con tu fe a través de las dificultades precisamente ahora, y a pesar de todo, debes creer. Una cosa puedes hacer en tu desamparo: pedir la fe. Creer no es cosa natural. El que tú creas es un don del Espíritu Santo. Este don no lo tienes de una vez para siempre. Tienes que pedir siempre este don. Aunque crees, estás siempre amenazado por la incredulidad. Por eso tenemos la oración tan consoladora y confortante de aquel hombre del Evangelio, que creía, pero amenazado por la incredulidad decía: «Creo, Señor, ayuda mi falta de fe.»

Por lo demás, no estás solo. Cristo no te ha llamado a ti solo a la fe. No espera que tú solo triunfes de tus dudas. Te ha llamado a la Iglesia. La Iglesia no es sino la gran comunidad de los creyentes, que es guiada y sostenida por el Espíritu Santo. Así, pues, no estás solo. Estás en la Iglesia. Estás en la gran comunidad de los creyentes, que desde los días de los apóstoles ha sos-

tenido a cada uno de los creyentes, para que en su soledad no se le haga tan difícil la fe. Esta comunidad de los creyentes te sostiene también a ti. En esta comunidad de los creyentes estás tú recogido y protegido, estás unido con todos los que en el mundo entero creen en Cristo. Lo que tú crees no es una idea privada tuya. Lo que tú crees es la fe de la Iglesia, esta fe de la Iglesia que se remonta a los apóstoles, mejor dicho, al Resucitado.

Como miembro que eres de esta gran comunidad de los creyentes, ¿no has de tener la fuerza no sólo de conservar tu fe, sino también de irradiarla? En nuestra correspondencia hemos hablado continuamente de la credibilidad de la Iglesia, de cuánto importa que en la crisis de nuestros tiempos se presente la Iglesia al mundo como digna de crédito, para que el mundo crea. Pero no basta con decir: «La Iglesia debe hacerse creíble al mundo para que el mundo crea.» Porque ¿quién es la Iglesia? ¿Es acaso la Iglesia algo que se cierne sobre nuestras cabezas entre el cielo y la tierra? ¿Es acaso la Iglesia sólo un aparato burocrático? ¿Es la Iglesia sólo la «organización» del papa, de los obispos y de los sacerdotes? No, nosotros somos la Iglesia, nosotros, todos los que creemos en Jesucristo, la gran comunidad de los

creyentes, cuyos servidores son el papa, los obispos y los sacerdotes (todos los cuales deben ser también creyentes). Todos nosotros somos la Iglesia, también tú y yo. Y no se trata de grandes discursos y de grandes acciones; en último término y en definitiva depende de ti y de mí que la Iglesia resulte creíble ante el mundo. El mundo se compone de infinidad de pequeños círculos, que en muchas maneras se entrecortan. En el centro de cada círculo hay sólo un cristiano, un cristiano particular, que representa a la Iglesia. Y la cuestión decisiva es: ¿Brilla este cristiano? ¿Irradia su fe luz, calor y amor? Que el mundo crea esa cosa que depende de ti.

Pasado mañana me marcho de vacaciones. Ahora pasarás mucho tiempo sin carta mía. Pero con todo lo que te he escrito últimamente tendrás seguramente para rumiar bastante tiempo.

UN HOMBRE DE LA IGLESIA QUISIERA YO **SER Y NO**  
SER APELLIDADO POR EL NOMBRE DEL FUNDADOR  
DE ALGUNA HEREJÍA, SINO POR EL NOMBRE DE **CRIS-**  
**TO**, Y LLEVAR ESTE NOMBRE QUE ES BENDITO EN  
LA TIERRA. Y MI ANHELO ES SER LLAMADO **CRIS-**  
**TIANO** TANTO DE OBRAS COMO DE ESPÍRITU.

SI YO, QUE PAREZCO SER TU MANO DERECHA, QUE  
LLEVO EL NOMBRE DE SACERDOTE Y DEBO ANUNCIAR  
LA PALABRA DE DIOS, CONTRAVINIERE EN ALGÚN  
MODO LA DOCTRINA DE LA IGLESIA Y LA REGLA DEL  
EVANGELIO, DE MODO QUE FUERA ESCÁNDALO PARA  
TI, IGLESIA, QUE ENTONCES LA IGLESIA UNIVERSAL,  
CON DECISIÓN UNÁNIME, ME AMPUTE A MÍ, SU  
MANO DERECHA, Y ME LANCE FUERA DE SÍ.

Palabras de ORÍGENES, uno de los más  
grandes teólogos de la antigua Iglesia.